

LAS GRANDEZAS DE *MARIA*



San BERNARDO ABAD
Doctor de la Iglesia

LAS GRANDEZAS DE MARÍA

por

San Bernardo
Abad y Doctor de la Iglesia

SEVILLA

1983

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	4
CAPÍTULO PRIMERO.....	6
MARÍA, ADMIRACIÓN DE CIELOS Y TIERRA.....	6
CAPÍTULO SEGUNDO.....	14
MARÍA ORÁCULO DEL ALTÍSIMO.....	14
CAPÍTULO TERCERO.....	28
MARÍA LLENA DE GRACIA.....	28
CAPÍTULO CUARTO.....	42
MARÍA, LA MADRE DE DIOS.....	42
CAPÍTULO QUINTO.....	51
MARÍA LA MEDIANERA UNIVERSAL.....	51
CAPÍTULO SEXTO.....	65
MARÍA CORONADA DE ESTRELLAS.....	65
ORACIONES DEVOTAS DE VARIOS SANTOS A LA SANTÍSIMA VIRGEN....	78
DICHOS FAMOSOS DE LOS SANTOS EN ALABANZA DE LA VIRGEN.....	84



PRÓLOGO

Hace ya mucho tiempo, amado lector, que la devoción a la Virgen me instaba a tomar la pluma para escribir sus grandezas, mientras que las muchas ocupaciones, muy a pesar mío, me lo han venido impidiendo hasta ahora. Mas ahora que, a causa de mis achaques no puedo seguir con mis hermanos los ejercicios de la comunidad, quiero aprovechar este poquito de tiempo, y aunque sea quitándome también algo del sueño, voy a dedicarme a este trabajo de intentar escribir las incomparables grandezas de María, sobre la lección del Evangelio de San Lucas, en que se narra la historia de la Anunciación de María y la Encarnación del Señor.



Capítulo primero

MARÍA, ADMIRACIÓN DE CIELOS Y TIERRA

Fue enviado, pues, el Angel Gabriel por Dios, a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David y el nombre de la Virgen era María.

¿Qué fin tendría el Evangelista al expresar en este lugar con tanta precisión los propios nombres de tantas cosas? Yo creo que pretendía con esto, que no oyésemos con negligencia, lo que él procuraba referir con tanta exactitud.

Nombra al Nuncio que es enviado, al Señor por quien es enviado, a la Virgen a quien es enviado, al Esposo de la Virgen, y señala con sus propios nombres el linaje de ambos, a la ciudad y a la región. ¿Para qué todo esto? ¿Piensas tú que alguna de estas cosas esté puesta aquí superficialmente? ¡Ah! No. De ninguna manera: porque si no cae una hoja del árbol sin causa; ni cae en tierra un pájaro sin la voluntad del Padre Celestial, ¿podría yo creer, que de boca del Santo Evangelista saliese una palabra superflua, especialmente en la sagrada historia del que es la Palabra de Dios? No lo pienso yo así: todas están llenas de soberanos misterios, y cada una rebosa en celestial dulzura. Pero esto acontece si tienen quien las considere con diligencia y sepa chupar miel de la piedra, y aceite del peñasco durísimo, como dice la Escritura (Joel 111,9).

Si, verdaderamente, en aquel día destilaron dulzura los montes y manó leche y miel de los collados; cuando enviando los Cielos su rocío desde lo alto y haciendo las nubes como una lluvia, descender al Justo (Is 45, 8) se abrió la tierra alegre, y brotó de ella el Salvador; cuando derramando el Señor su bendición, y dando nuestra tierra su fruto, sobre aquel monte que se eleva sobre todos los montes, monte fértil y pingüe,

salieron a encontrarse mutuamente la misericordia y la verdad, y se dieron un beso la justicia y la paz (Sal 84,2); en aquel tiempo en que este no pequeño monte entre los demás montes, este bienaventurado Evangelista, escribió con estilo dulcísimo el principio de nuestra salud, tan deseado de nosotros, que soplando el austro y rayando el sol de justicia, se difundieron de él aromas espirituales. Y ojalá que ahora envíe Dios su palabra; y los derrita: ojalá que sople su espíritu, y se hagan inteligibles para nosotros las palabras evangélicas, se hagan, en nuestros corazones más estimables que el oro y las piedras más preciosas, se hagan más dulces que la miel y el panal.

* * *

Dice pues: *Fue enviado el Angel Gabriel por Dios*. No creo sea este Angel de los menores en la milicia celestial; no suelen serlo los que acostumbran ser enviados por cualquier causa con embajadas a la tierra. Y se deja entender también esto claramente, en su mismo nombre, que significa *Fortaleza de Dios*, y porque en el sagrado texto, no se dice que haya sido enviado como acostumbra hacerse entre los Angeles, por algún otro espíritu más excelente que él, sino por el mismo Dios.

Se expresa en el Evangelio que *fue enviado por Dios*, y quizá se dijo *por Dios*, para que no se piense que reveló Dios su designio acerca de la encarnación a alguno de sus bienaventurados espíritus, antes que a la Virgen, si se exceptúa solamente el Arcángel San Gabriel, que sin duda era de tanta excelencia entre los suyos, que fue reputado digno de tal nombre y también de tal embajada.

Ni deja de haber al mismo tiempo mucha proporción entre el oficio de nuncio y el nombre del Angel. Porque a Cristo que es la virtud de Dios ¿quién mejor le podía anunciar que este espíritu, a quien ilustra nombre semejante? ¿Qué otra cosa es fortaleza sino virtud? Ni parezca asimismo inadecuado o impropio, que el Señor y el nuncio se nombren de un mismo modo, siendo así que la causa de llamarse ambos con semejante nombre no es igual en los dos. De un modo se llama Cristo fortaleza o virtud de Dios, y de otra manera muy diferente el Angel; el Angel sólo por denominación, pero Cristo lo es también substancialmente. Cristo se llama y es virtud de Dios, viniendo con mayores fuerzas contra aquel fuerte armado que solía guardar en paz el atrio de la casa y le venció con su propio brazo, y así le quitó valerosamente todas las alhajas que en otro tiempo había hecho cautivas. El Angel San Gabriel empero, es llamado fortaleza de Dios, o por haber merecido la prerrogativa de ser encargado de anunciar la venida de

la misma virtud, o porque debía confortar a una Virgen naturalmente tímida, sencilla, vergonzosa, para que no la sorprendiese el pavor, o la novedad de tan grande milagro: lo cual hizo diciéndola: *No temas María porque has hallado gracia delante de Dios.*

Y quizás tampoco será imprudente creer que este mismo Angel fue quien confortó y libró de sus dudas al Esposo de la Virgen, varón ciertamente humilde y timorato, aunque no se diga por el Evangelista. *José, le dijo, hijo de David no temas recibir a María por tu consorte.*

Luego oportunamente fue elegido San Gabriel para este asunto, o mejor diré, por encargársele asunto semejante se distingue justamente con tan excelente nombre.

* * *

Fue enviado, pues, el Angel Gabriel por Dios. ¿A dónde? A una ciudad de Galilea llamada Nazaret. Veamos si, como dice Natanael, puede salir de Nazaret algo que sea bueno... a Mí las revelaciones y promesas hechas a los Padres y a Abraham, Isaac y Jacob se me representan como una simiente del conocimiento de Dios echada desde el Cielo a la Tierra, simiente de la cual está escrito: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado la simiente, hubiéramos sido como una Sodoma, seríamos semejante a Gomorra (Is 1,9).

Floreció esta simiente en las maravillas que se mostraron a la salida del pueblo de Israel de Egipto, en las figuras y enigmas misteriosos por todo el camino en el desierto hasta la tierra de promisión, en las visiones y vaticinios de los Profetas, en la ordenación del Reino y del Sacerdocio hasta Cristo. Y no sin razón se entiende ser Cristo el fruto de esta simiente y de estas flores también: diciendo David: *Derramará Dios su bendición y nuestra tierra dará su fruto (Sal 84,2)* y en otro lugar: *Colocaré a tu descendencia sobre tu trono (Sal 131,18).*

En Nazaret se anuncia que Cristo ha de nacer, porque en la flor se expresa el fruto que ha de venir; pero en saliendo el fruto se cae la flor, porque apareciendo la verdad en la carne, pasó la figura. Por lo cual también Nazaret se dice Ciudad de Galilea, esto es, de la transmigración, porque naciendo Cristo, pasaron todas aquellas cosas que arriba conté, las cuales como dice el Apóstol: *Les sucedían en figura (I Cor 10,11).* También nosotros que tenemos ya el fruto hemos dejado atrás esas flores, que aun cuando estaban en su belleza se previó que habían de pasar. Por lo que dijo David: *Dura un día como el heno, florece por la mañana y se pasa; por la*

tarde inclina la cabeza se deshoja y se seca (Sal 89,5). *En la tarde*, esto es cuando vino la plenitud del tiempo en que envió Dios a su Unigénito hecho de una mujer, hecho bajo de la ley (Gal 4,4), diciendo El mismo: *Mira que hago nuevas todas las cosas* (Ap 21,5) las viejas pasaron y desaparecieron, así como al romper el fruto, se caen y se secan las flores. Sobre la cual se halla también escrito: *Se secó el heno y cayó la flor, mas la palabra de Dios queda para siempre* (Is 40,8). Sí, la palabra es el fruto, pues la Palabra es Cristo. Buen fruto es Cristo, que permanece para siempre.

* * *

Pero ¿dónde está el heno que se secó? ¿Dónde la flor que se cayó? Responda el Profeta: *Toda carne es heno y toda su gloria como ¡a flor del heno* (Is 40,6). Luego si toda carne es heno aquel pueblo carnal de los judíos se secó como el heno.

Así fue. ¿Por ventura no se secó como el heno, cuando el mismo pueblo vacío de todo jugo del espíritu se pegó tenazmente a la letra seca? ¿No cayó también la flor cuando aquella gloria que tenían en la Ley desapareció para siempre? Si no cayó la flor ¿en dónde está el Reino, en dónde el Sacerdocio, en dónde los Profetas, en dónde el Templo, en dónde aquellas grandezas de que solían gloriarse y decir? *¡Cuántas cosas hemos oído y conocido y nuestros padres nos han contado!* (Sal 77, 3.5). Y también: *¡Cuántas cosas mandó a nuestros padres que hiciesen conocer a sus hijos!*

* * *

A Nazaret, pues, *ciudad de Galilea* fue enviado el Angel Gabriel por Dios. ¿Y a quién? A una Virgen desposada con un varón que se llamaba José. Pero, ¿qué Virgen es ésta tan respetable que un Angel le saluda? ¿Tan humilde que esté desposada con un artesano? Hermosa mezcla la virginidad y la humildad; no poco agradable debe de ser a Dios aquella alma en quien la humildad engrandece a la virginidad y la virginidad adorna a la humildad. ¿De cuánta veneración te parece será digna aquella, cuya humildad engrandece la fecundidad y cuyo alumbramiento consagra la virginidad?

Oyes hablar de una Virgen, oyes hablar de una humilde; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la Virgen. Loable virtud es la virginidad, pero más necesaria es la humildad: aquella se nos

aconseja, ésta nos la mandan: a aquélla te convidan, a ésta te obligan. De aquélla se dice: *El que la pueda guardar, guárdela* (Mt 19,12). De ésta se ha escrito: *El que no se haga como un niño no entrará en el Reino de los Cielos* (Lc 18,3). De modo, que aquélla se premia como sacrificio voluntario, ésta se exige como servicio obligatorio. Puedes salvarte sin la virginidad, pero no sin la humildad. Puede agradar la humildad que llora la virginidad perdida; más sin la humildad me atrevo a decirlo, ni aun la virginidad de María hubiera agradado a Dios. *¿Sobre quién descansará mi espíritu*, dice el Señor *sino sobre el humilde y manso*? Sí, sobre el humilde, no sobre el que es virgen. Con que si María no fuera humilde no reposara sobre ella el Espíritu Santo; y si el Espíritu Santo no reposara sobre ella no concibiera por virtud del mismo. Porque, dime, *¿cómo pudiera concebir de El sin El*? Claramente, pues, aparece que para que hubiese de concebir del Espíritu Santo, como ella dice: *Miró el Señor a la humildad de su sierva* (Lc 1,48), mucho más que a la virginidad; y aunque por la virginidad agradó a Dios, con todo eso concibió por la humildad. De donde consta, que la humildad fue la que hizo agradable a Dios su virginidad. *¿Qué dices virgen soberbio*? María olvidada de que es Virgen, se gloria de la humildad, y tú menospreciando la humildad te glorías en tu virginidad. *Miró*, dice ella, *el Señor, a la humildad de su sierva*. Y *¿quién es ella*?

* * *

Una Virgen santa, una Virgen pura, una Virgen devota. *¿Por ventura eres tú más casto que ella? ¿O más devoto? ¿O será tu castidad más agradable a Dios que la de María, para que puedas tú sin humildad agradarle con la tuya, no habiéndole ella, sin esta virtud, agradado con la suya?*

Cuanto más digno de honor eres por el don singular de la castidad, tanto mayor injuria te haces a ti mismo, afeando en ti su hermosura con la mezcla de tu soberbia; y mejor te estaría no ser virgen, que hacerte soberbio por la virginidad.

No es de todos la virginidad, ciertamente, pero es de muchos menos todavía la humildad acompañada de la virginidad. Pues, si no puedes más que admirar la virginidad de María, procura imitar su humildad y te basta. Pero, si eres virgen y al mismo tiempo humilde eres grande a los ojos del Señor.

Con todo eso hay en María otra cosa mayor de que admirarte, es la fecundidad junta con la virginidad. Jamás se oyó en todos los tiempos que mujer alguna fuese madre y virgen al mismo tiempo. Y si consideras también de quién es Madre, ¿a dónde llegará tu admiración sobre su grandísima excelencia? ¿Acaso no te llevará hasta llegar a persuadirte que ni admirarlo puedes como merece? ¿Acaso a tu juicio o más bien, al juicio de la verdad, no será digna de ser ensalzada la que tuvo a Dios por hijo suyo, sobre todos los coros de los Angeles? ¿No es María la que confiadamente llama al Señor y Dios de los Angeles, hijo suyo, diciéndole: *Hijo, ¿cómo habéis hecho esto con nosotros?* (Lc 111,48) ¿Quién de los Angeles se atrevería a esto?

Es bastante para ellos y tienen por cosa grande que, siendo espíritus por creación, hayan sido hechos y llamados Angeles por gracia como lo dice David: *El Señor es, quien hace Angeles suyos a los espíritus* (Sal 103,4). Pero María reconociéndose Madre de aquella Majestad a quien ellos sirven con reverencia, le llama confiadamente hijo suyo.

Y ni desdeña Dios de ser llamado lo que se dignó ser; pues poco después añade el Evangelista: *Y estaba sujeto a ellos.*

* * *

Y, ¿quién estaba sujeto? ¿A quiénes? Dios a los hombres. Dios a quien están sujetos los Angeles, a quien los Principados y las Potestades obedecen, estaba obediente a María, y no sólo a María, sino también a José por María. Maravíllate de estas cosas, y mira cual es de mayor admiración, si la benignísima dignación del Hijo o la excelentísima dignidad de tal Madre. De ambas partes está el pasmo, de ambas el prodigio.

Que Dios obedezca a una mujer es humildad sin ejemplo, que una mujer tenga autoridad para mandar a Dios es excelencia sin igual. Se canta en alabanza de las Vírgenes como cosa singular, *que siguen al cordero a cualquiera parte que vaya* (Ap 14,4). ¿Pues de qué alabanzas crearás digna a la que va también delante del cordero, y el cordero la sigue detrás?

* * *

Aprende, oh, hombre, a obedecer; aprende, tierra a sujetarte, aprende, polvo, a observar la voluntad del superior. De tu Autor habla el Evangelista y dice:

Y estaba sujeto a ellos. Esto es, estaba sujeto a María y a José. Avergüénzate, soberbia ceniza: Dios se humilla ¿y tú te ensalzas? Dios se

sujeta a los hombres ¿y tú anhelando dominarlos te prefieres a tu Autor? Ojalá si llegare a tener tales pensamientos, se digne Dios responderme, lo que dijo a su Apóstol reprendiéndole: *Apártate detrás de mí, Satanás, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios* (Mt 16,23). Puesto que cuantas veces deseo mandar a los hombres, tantas veces pretendo ir delante del Señor; y entonces, ni tengo gusto, ni tengo estimación de las cosas que son de Dios, porque del mismo se dijo: *Y estaba sujeto a ellos*.

Si te desdeñas de mirar el ejemplo de los hombres, a lo menos no puedes reputar indigno para ti el seguir el ejemplo de tu Autor. Si no puedes seguirle en todas partes a donde El fuere, síguele al menos con gusto a donde por ti bajó. Si no puedes subir a la altura de la virginidad, sigue siquiera a tu Dios por el camino segurísimo de la humildad: de la cual, si las vírgenes mismas se apartaren, ya no seguirían al cordero en todos sus caminos.

Sigue al cordero, el humilde que se manchó; le sigue también el virgen soberbio: pero ni el uno, ni el otro le siguen a cualquier parte que vaya; pues ni aquél puede subir a la limpieza del cordero que no tiene mancha; ni éste se digna bajar a la mansedumbre de quien enmudeció paciente, no delante de quien le esquilaba, sino delante de quien le daba muerte. Sin embargo, más saludable modo de seguirle eligió el pecador en la humildad, que el soberbio en la virginidad; pues la humilde satisfacción de aquél purifica su inmundicia; cuando la soberbia repugnante de éste mancha su castidad.

* * *

Dichosa fue en todo María, a quien ni faltó la humildad, ni dejó de adornarla la virginidad. Singular virginidad, que no violó, sino que honró la fecundidad; ilustrísima humildad, que no disminuyó, sino que engrandeció su fecunda virginidad; incomparable fecundidad, a la que acompañan juntas la virginidad y humildad. ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿Cuál no es incomparable? ¿Cuál no es singular? Será maravilla, si ponderándolas, no dudas cual juzgarás más digna de tu admiración; esto es, si será más estupenda la fecundidad en una Virgen, o la integridad en una Madre; su dignidad por el fruto de su castísimo seno, o su humildad con dignidad tan excelente.

Todas estas grandezas son admirables, pero indudablemente que todas juntas deben preferirse a cada una de ellas y que es

incomparablemente más sublimidad y más dicha habérselas poseído todas, que tenido algunas solamente.

Pero ¿qué maravilla que Dios, a quien leemos y vemos admirable en sus Santos, se haya mostrado más maravilloso en su Madre?

* * *

Venerad, pues, los que os halláis en el matrimonio, tanta integridad y pureza en un cuerpo mortal; admirad vosotras vírgenes sagradas, la fecundidad de María; imitad personas todas, la humildad de la Madre de Dios; honrad Angeles Santos a la Madre de nuestro Rey. Vosotros adoráis al Hijo de nuestra Virgen, nuestro Rey y vuestro juntamente, Reparador de nuestro linaje, y restaurador de vuestra Ciudad. A cuya dignidad, entre vosotros tan sublime, y tan humilde entre nosotros, sea dada, por vosotros igualmente que por nosotros, la reverencia que se le debe; y a su dignación, todo honor y toda gloria por todos los siglos.

Capítulo segundo

MARÍA ORÁCULO DEL ALTÍSIMO

Fue enviado, pues, el ángel a una Virgen desposada con un varón justo, y el nombre de la Virgen era María.

Nadie puede dudar que aquel nuevo cántico, que sólo se concederá a las vírgenes cantar en el reino de Dios, le cantará también la Reina de las vírgenes con ellas, o, más bien, la primera de ellas. Mas yo juzgo que, a más de aquel cantar que (como he dicho) la será común con todas, aunque con solas las vírgenes, alegrará también con otros más dulces y más hermosos versos la ciudad de Dios, cuyas suavísimas y armoniosas voces y melodía ninguna, aun de las mismas vírgenes, será digna de componer o imitar; porque con razón será prerrogativa suya cantarlos sola, cuando ella sola se gloria del parto, y parto divino. Se gloria, he dicho, del parto, no en sí misma, sino en el Señor a quien dio a luz. Verdaderamente, Dios (pues es Dios a quien dio a luz), habiendo de dar a su Madre en el cielo una gloria singular, procuró prevenirla en la tierra con singular gracia, por la cual inefablemente concibiese intacta y diera a luz incorrupta. A la majestad de Dios convenía que no naciese sino de la Virgen, y a la Virgen convenía que no diera a luz a otro que a Dios. Así, el hacedor de los hombres, para hacerse hombre, siendo preciso nacer de una mujer, a aquella entre todas debía escoger o, más bien, formar para Madre suya, que conocía era decente a El, y sabía que le había de agradar. Por tanto, quiso que fuese virgen para salir de una madre purísima el que es infinitamente puro que venía a limpiar las manchas de todos; quiso que fuese humilde, para salir de una Madre tal, el que es manso y humilde de corazón, a fin de mostrarnos en sí mismo el necesario y saludable ejemplo de todas esas virtudes. Dio, pues, a la Virgen parto el mismo Señor que la había inspirado el voto de virginidad y la había enriquecido antes

igualmente con el mérito de la humildad. De otra suerte, ¿cómo diría el ángel después que estaba llena de gracia, si tuviera algo bueno que no procediese de la gracia?

* * *

Para que fuese, pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos, santa en el cuerpo, recibió el don de la virginidad; para que fuese también santa en el alma, recibió el de la humildad. Adornada de estas preciosas piedras la Virgen regia, resplandeciendo con la doble belleza de cuerpo y alma, conocida por su agrado y hermosura en los cielos, se llevó la atención de todos sus ciudadanos, de suerte que inclinó hasta el ánimo del Rey a desearla y sacó al nuncio celestial de las alturas. Y esto es lo que el evangelista nos insinúa aquí cuando muestra al ángel enviado por Dios a la Virgen. *Por Dios, dice, a la Virgen;* esto es, por el Altísimo, a la humilde; por el Señor, a la sierva; por el Criador, a la criatura. ¡Qué dignación tan grande de Dios! ¡Qué excelencia tan grande de la Virgen! Corred, madres; corred, hijas; corred todas las que, después de Eva y por Eva, os acercáis al alumbramiento con tristeza y dais a luz con dolor. Llegaos al tálamo virginal; entrad, si podéis, en el casto aposento de vuestra hermana. Ea, ya envía Dios su nuncio a la Virgen; ea, ya el ángel la habla; aplicad el oído a la pared, escuchad su embajada, por si acaso oís de qué os podáis consolar.

* * *

Alégrate, Adán, padre nuestro; y tú Eva, madre nuestra, llénate de gozo; vosotros mismos que, así como fuisteis padres de todos, así fuisteis de todos homicidas, y, lo que es mayor desgracia, primero homicidas que padres, consolaos con esta hija, y tal hija; pero alégrese Eva principalmente, pues de ella primero nació el mal, y su oprobio pasó a todas las mujeres. Porque ya está cerca el tiempo en que se quitará el oprobio, ni tendrá ya de qué quejarse contra la mujer el hombre; el cual, pretendiendo excusarse imprudentemente a sí mismo, no dudó acusarla cruelmente diciendo: *La mujer que me diste me dio del fruto del árbol, y comí* (Gen 3,12). Así, corre, Eva, a María, corre a tu Hija; ella responderá por ti, quitará tu oprobio, dará satisfacción a su Padre por su Madre; pues ha dispuesto Dios que, ya que el hombre no cayó sino por una mujer, tampoco sea levantado sino por una mujer. Pero, ¿qué es lo que decías, Adán? *La mujer que me diste me dio del fruto del árbol, y comí* (Gen 3,2). Palabras de malicia son éstas que acrecientan tu culpa en vez de borrarla.

Sin embargo, la sabiduría ha vencido a la malicia, pues, aunque malograste la ocasión que Dios quería darte para el perdón de tu pecado cuando te preguntaba y hacía cargo de él, ha hallado en el tesoro de su indeficiente piedad arbitrios para borrar tu culpa. Te da otra mujer por esa mujer, una prudente por esa fatua, una humilde por esa soberbia; la cual, en vez del árbol de la muerte, te dará el gusto de la vida; en vez de aquel venenoso bocado de amargura, te traerá la dulzura del fruto eterno. Por tanto, muda las palabras de la injusta acusación en alabanzas y acción de gracias a Dios, y dile: Señor, la mujer que me has dado me dio el fruto del árbol de la vida, y comí de él; y ha sido más dulce que la miel para mi boca, porque en él me has dado la vida. Mira a lo que fue enviado el ángel Gabriel a la Virgen. ¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh mujer singularmente venerable, admirable entre todas las mujeres, que trajo la restauración a sus padres y la vida a sus descendientes!

* * *

*Fue enviado, dice, el ángel Gabriel a una virgen. Virgen en el cuerpo, virgen en el alma, virgen en la profesión, virgen, finalmente, como la que describe el Apóstol, santa en el alma y en el cuerpo; ni hallada nuevamente o sin especial providencia, sino escogida desde los siglos, conocida en la presencia del Altísimo y preparada para sí mismo; guardada por los ángeles, designada anticipadamente por los antiguos Padres, prometida por los profetas. Registra las escrituras y hallarás las pruebas de lo que digo. Pero ¿quieres que yo también traiga aquí testimonios sobre esto? Para hablar poco de lo mucho, ¿qué otra cosa te parece que predijo Dios, cuando dijo a la serpiente: *Pondré enemistades entre ti y la mujer?* (Gen 3,15) Y si todavía dudas que hablase de María, oye lo que se sigue: *Ella misma quebrantará tu cabeza.* ¿Para quién se guardó esta victoria sino para María? Ella sin duda quebrantó su venenosa cabeza, venciendo y reduciendo a la nada todas las sugerencias del enemigo, así en los deleites del cuerpo como en la soberbia del corazón.*

* * *

¿Qué otra fijamente buscaba Salomón cuando decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* (Prov 31,10) Conocía este hombre sabio la debilidad de este sexo, su frágil cuerpo y su corazón inconstante. Con todo eso, porque había leído que la había prometido Dios, y sabía que convenía que quien había vencido por una mujer fuese vencido por otra, con una vehemente admiración decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* Lo cual, es decir: ya

que está dispuesto por el consejo divino que de la mano de una mujer venga la salud de todos nosotros, la restitución de la inocencia y la victoria del enemigo, es necesario que se prepare una de todos modos fuerte, que pueda ser a propósito para obra tan grande. *¿Pero quién hallará una mujer fuerte?* Y porque no se piense que preguntaba esto perdiendo la esperanza de que se encontrase, añade profetizándola: *Lejos y de los últimos términos es el precio de ella;* esto es, no es vil, ni pequeño, ni mediano; no, en fin, de la tierra, sino del cielo; pero ni aun del cielo próximo a la tierra es el precio de esta mujer fuerte, sino que de lo más alto del cielo viene su estimación. *¿Qué pronosticaba en otro tiempo aquella zarza de Moisés, echando llamas, pero sin consumirse (Ex 3,2), sino a María dando a luz sin sentir dolor? ¿Qué aquella vara de Aarón (Num 17,8), que floreció estando seca, sino a la misma concibiendo, pero sin obra de varón?* El mayor misterio de este grande milagro le explica Isaías diciendo: *Saldrá una vara de la raíz de José, y de su raíz subirá una flor (Is 11,1),* entendiendo en la vara a la Virgen y el parto de la Virgen en la flor.

* * *

Pero, si te parece que el decir ahora que Cristo se entiende en la flor, contradice a la sentencia que queda explicada más arriba, en que decíamos que no en la flor, sino en el fruto de la flor, se designaba, sabe que en la misma vara de Aarón (la cual no sólo floreció, sino que arrojó hojas y echó fruto) es significado Cristo, no precisamente en la flor o en el fruto, sino también en las hojas mismas. Sabe, igualmente, que fue demostrado por Moisés (Ex 14,16), no por el fruto de la vara ni por la flor, sino por la misma vara; por aquella vara, sin duda, a cuyo golpe ya se divide el agua para que el pueblo pase, ya brota de la piedra para que beba. No hay, pues, inconveniente alguno en que sea figurado Cristo en diversas cosas por diferentes causas; y que en la vara se entienda su potencia, en la flor su fragancia, en el fruto la dulzura de su sabor, en las hojas también su cuidadosa protección, con que no cesa de amparar bajo la sombra de sus alas a los pequeñuelos que se refugian a él huyendo de los carnales deseos y de los impíos que los persiguen. Buena y amable sombra la que se halla bajo las alas del dulce Jesús, donde hay seguro refugio para los que se retiran allí y refrigerio saludable para los fatigados. Ten misericordia de mí, Señor Jesús; ten misericordia de mí, porque en ti confía mi alma, y en la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad. En este texto de Isaías debes entender al Hijo en la flor y a la Madre en la vara; porque la vara floreció sin renuevo, y la Virgen concibió sin obra de varón. Ni dañó

al verdor de la vara la salida de la flor, ni al pudor de la Virgen el parto sagrado.

* * *

Traigamos de las Escrituras otros testimonios concernientes a la Virgen Madre y a su Hijo Dios. ¿Qué significa el vellocino de Gedeón (Ind 6,37), que, quitado de la carne, pero sin herida de la carne, es puesto en la era; y ahora la lana, después la misma era, es humedecida con el rocío, sino aquella carne tomada de la carne de la Virgen, pero sin detrimento de su virginidad? En la cual verdaderamente, destilando los cielos, se infundió toda la plenitud de la divinidad, de modo que de esta plenitud hemos recibido todos, no siendo otra cosa, sin ella, que una tierra árida. Con este hecho de Gedeón parece cuadrar bellamente el dicho del profeta: *Descenderá como lluvia sobre el vellocino* (Sal 71,6). Pues por lo que se sigue: *Y como las gotas que destilan sobre la tierra*, se significa lo mismo que por la era, que se halló humedecida con el rocío. Que es decir: aquella lluvia voluntaria que destinó Dios para el pueblo, que es su heredad, primero plácidamente y sin estrépito de alguna operación humana, con aquel sosegadísimo descenso propio de ella, bajó al seno virginal; mas después fue difundida en todas las partes del mundo por la boca de los apóstoles, no ya como la lluvia en el vellocino, sino como las gotas que destilan sobre la tierra, con el estrépito de las palabras y con el sonido de los milagros. Porque se acordaron las nubes que llevaban la lluvia que, cuando fueron enviadas, se las había mandado: *Lo que os digo a vosotros en las tinieblas, decidlo en la luz; y los que escucháis al oído, predicadlo sobre las cosas* (Mt 10,27). Lo cual cumplieron, pues *su sonido se extendió a toda la tierra y llegaron sus palabras hasta las extremidades del mundo* (Sal 18,5).

* * *

Oigamos también a Jeremías anunciar a los antiguos cosas nuevas, y, a quien no podía mostrar todavía presente, desear ardientemente que viniese y prometer con toda confianza que vendría. *Una cosa nueva*, dice, *ha criado Dios sobre la tierra: una mujer rodeará a un varón* (Jer 31,12). ¿Quién es esta mujer y quién es este varón? O, si es varón, ¿cómo puede ser rodeado de una mujer? O, si por una mujer es rodeado, ¿cómo puede ser varón? Y, para decirlo más claramente, ¿cómo puede a un tiempo mismo ser varón y estar en el seno de la madre, pues esto es ser rodeado un varón por una mujer? Hemos conocido varones que, pasando la

infancia, la edad pueril, la adolescencia y la juventud, llegaron hasta el grado próximo a la senectud. Pero el que tan grande ya, ¿cómo podrá ser rodeado por una mujer? Si hubiera dicho: una mujer rodeará a un infante o una mujer rodeará a un párvulo, no parecería nuevo o maravilloso; mas, no poniendo ahora cosa semejante, sino llamándole varón, con razón preguntaremos: ¿Qué novedad es ésta, que Dios ha obrado sobre la tierra, haciendo que una mujer rodee a un varón y que el varón se estreche dentro del pequeño cuerpo de una mujer? ¿Qué prodigio es éste? *¿Puede, por ventura, el hombre, como dice Nicodemo, entrar segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?* (Jn 3,4)

* * *

Pero yo vuelvo los ojos de la consideración a la concepción y parto virginal, por si acaso entre las muchísimas cosas nuevas y maravillosas que halla allí el que con diligencia las busca, puedo encontrar esta novedad que he referido del profeta. En verdad, allí se conoce la longitud breve, la latitud angosta, la altura abatida, la profundidad llana. Allí se conoce la luz sin resplandecer, la palabra sin hablar, el agua con sed, con hambre de pan. Verás, si atiendes, que la potencia es gobernada, la sabiduría instruida, la fortaleza sustentada. Verás, en fin, a Dios mamando y alimentando a los ángeles; llorando y consolando a los miserables. Verás, si atiendes, entristecerse la alegría, asustarse la confianza, la salud padecer, la vida morir, la fortaleza desmayar. Pero, lo que no es menos maravilloso, se ve allí a un tiempo mismo la tristeza alegrando, el susto fortaleciendo, la pasión dando la salud, la muerte dando la vida, el desmayo comunicando fuerza. ¿Quién no encuentra ya lo que yo buscaba? ¿No te es fácil ya reconocer entre otras cosas a una mujer que rodea a un varón, cuando ves que María abraza en su seno a aquel varón aprobado de Dios, Jesús? Mas yo llamo varón a Jesús, no sólo cuando le aclamaban *Varón profeta, poderoso en las obras y en las palabras* (Lc 34,19), sino también cuando la Madre de Dios ponía sus tiernos miembros en su blando regazo o le llevaba en su seno. Era, pues, Jesús varón, aun antes de nacer; pero en la sabiduría, no en la edad; en el vigor del ánimo, no en las fuerzas del cuerpo, en la madurez de los sentidos, no en la corpulencia de sus miembros. Porque no tuvo menos sabiduría, o, por decir mejor, no fue menos la sabiduría misma Jesús concebido que nacido, pequeño o grande. Así, o escondido en el seno de María, o dando vagidos en el pesebre, o, ya más grandecito, preguntando a los doctores en el templo, o, ya en edad perfecta, enseñando delante del pueblo; igualmente y sin duda alguna,

estuvo lleno del Espíritu Santo. Ni hubo hora alguna, en cualquiera edad de su vida, en que de aquella plenitud, que en su concepción recibió, se disminuye algo o se le añadiese algo; sino que desde el principio fue perfecto; desde el principio, vuelvo a decir, estuvo lleno del espíritu de sabiduría y de entendimiento, del espíritu de consejo y de fortaleza, del espíritu de ciencia y de piedad y del espíritu del temor del Señor (Is 11,2).

* * *

Ni te haga fuerza lo que lees de El en otro lugar: *Jesús adelantaba en sabiduría, en edad y gracia, delante de Dios y de los hombres* (Lc 2,51); porque lo que aquí se dice de la sabiduría y de la gracia, se ha de entender, no según lo que en sí mismo era, sino según lo que aparecía; no porque se le aumentase cosa nueva que antes no tuviese, sino porque parecía que se le aumentaba en el tiempo, pues quería el Señor que pareciese así. Tú, hombre, cuando creces, no creces cuanto ni cuando quieres; sino que, sin saberlo tú, se aumenta tu estatura y se dispone tu vida. Mas el niño Jesús, que dispone tu vida, disponía también la suya; y cuando quería y a quienes quería parecía sabio; cuando y a quienes quería, sapientísimo; aunque en sí mismo nunca fue sino sapientísimo. Igualmente también, aunque siempre estuvo lleno de toda gracia, así de la que debía tener delante de Dios, como delante de los hombres, con todo eso, a su arbitrio, la mostraba ahora más, ahora menos, según que El sabía que convenía a los méritos o a la salud de los que lo miraban. Se hace claro, pues, que Jesús tuvo siempre un ánimo varonil, aunque no pareció siempre varón en el cuerpo. En fin, ¿cómo dudaré yo que fuese ya varón en el seno, cuando no dudo que también era Dios allí? Menos es ser varón que ser Dios.

Pero mira si no explica clarísimamente también esta novedad de Jeremías el profeta Isaías, el cual igualmente nos expuso las flores nuevas de Aarón, de que hablamos más arriba. *Mira, dice, que una virgen concebirá y dará a luz un hijo* (Is 7,14). Ea, ya tienes la mujer, que es la Virgen. ¿Quieres oír también quién es el varón? *Y será llamado, añade, Manuel*. Esto es, *Dios con nosotros*. Así, la mujer que circunda al varón es la Virgen, que concibe a Dios. ¿Ves qué bella y concordemente cuadran entre sí los hechos maravillosos de los santos y sus misteriosos dichos? ¿Ves qué estupendo es este solo milagro hecho con la Virgen y en la Virgen, a que precedieron tantos prodigios y que prometieron tantos oráculos? Sin duda era uno solo el espíritu de los profetas y, aunque en diversas maneras, signos y tiempos, y, siendo ellos diversos también, pero no con diverso espíritu, previeron y predijeron una misma cosa. Lo que se

mostró a Moisés en la zarza y en el fuego, a Aarón en la vara y en la flor, a Gedeón en el vellocino y el rocío, eso mismo abiertamente predijo Salomón en la mujer fuerte y en su precio; con más expresión lo cantó anticipadamente Jeremías de una mujer y de un varón; clarísimamente lo anunció Isaías de una virgen y de Dios; en fin, eso mismo lo mostró San Gabriel en la Virgen saludándola; porque esta misma es de quien dice el evangelista ahora: *Fue enviado el ángel Gabriel a una virgen desposada.*

* * *

A una virgen desposada, dice. ¿Por qué fue desposada? Siendo ella, digo, elegida virgen y, como se ha demostrado, virgen que había de concebir, y virgen que había de dar a luz siendo virgen, causa admiración que fuese desposada. ¿Habrá por ventura quien diga que esto sucedería casualmente? No se hizo casualmente cuando, para hacerse así, se halla causa muy razonable, causa muy útil y necesaria y digna enteramente del consejo divino. Diré lo que a mí me ha parecido o, por mejor decir, lo que antes de mí ha parecido a los Padres. La causa para que se desposase María fue la misma que hubo para permitir que dudase Tomás. Era costumbre de los judíos que desde el día del desposorio hasta el tiempo de las bodas fuesen entregadas las esposas a sus esposos para ser guardadas, a fin de que con tanta mayor diligencia guardasen su honestidad cuanto ellos eran más fieles para sí mismo. Así, pues, como Tomás, dudando y palpan-do, se hizo constantísimo confesor de la resurrección del Señor, así también José, desposándose con María y comprobando él mismo su honestísima conducta en el tiempo de su custodia con más diligencia, se hizo fidelísimo testigo de su pureza. Bella congruencia de ambas cosas, esto es, de la duda en Tomás y del desposorio en María. Podía el enemigo ponernos un lazo a nosotros para que cayésemos en el error, dudando de la verdad de la fe en Tomás y de la castidad en María, reduciéndose de esta suerte la verdad a sospechas; pero, con prudente y piadoso consejo de Dios, sucedió, por el contrario, que por donde temía la sospecha, se hizo más firme y más cierta la verdad de nuestra fe. Porque acerca de la resurrección del Hijo, más presto sin duda, yo, que soy débil, creeré a Tomás, que duda y palpa, que a Cefas, que lo oye y luego lo cree; y sobre la continencia de María, más fácilmente creeré a su esposo, que la guarda y experimenta, que creería aún a la misma Virgen, te ruego, ¿quién viéndola embarazada, sin estar desposada, no diría más bien que era mujer corrupta que virgen? No era decente que se dijese esto de la Madre del Se-

ñor; era más tolerable y honesto que por algún tiempo se pensase que Cristo había nacido de matrimonio que no de fornicación.

* * *

¿Pero no podía, dirás, hacer Dios un patente prodigio con que se consiguiese que si se infamase su nacimiento no fuese acusada su madre? Seguramente podía; pero no podía estar oculto a los demonios lo que supiesen los hombres; y convenía que el misterio del consejo divino estuviese algún tiempo encubierto al príncipe del mundo; no porque Dios, si quisiera hacer esta obra descubiertamente, temiese ser impedido por él, sino porque el mismo Señor, que no sólo poderosa, sino sabiamente también, hizo todas las demás obras suyas acostumbró guardar ciertas congruencias de las cosas o de los tiempos por la hermosura del orden, así igualmente en la magnífica obra de nuestra redención, no sólo quiso mostrar su poder, sino también su prudencia. Y aunque hubiera podido perfeccionarla del modo que hubiera querido, le agradó más reconciliar consigo al hombre por el modo mismo y orden con que sabía que había caído; para que así como el diablo engañó a la mujer del primero, y después por la mujer venció al hombre, así también fuese primeramente engañado por una mujer virgen, y después abiertamente vencido por un hombre, que es Cristo; siguiéndose de esto que, burlando el arte de la divina piedad los ardides de la malicia y quebrantando la fortaleza de Cristo las fuerzas del maligno, se viese ser Dios más prudente y más fuerte que el diablo. Fue muy decoroso que la Sabiduría encarnada triunfase de esta suerte de la malicia espiritual, verificándose así que sólo alcanza desde una extremidad hasta la otra fuertemente, sino que también dispone suavemente todas las cosas. Llega de una extremidad a la otra extremidad, esto es, desde el cielo hasta el infierno. *Si subiere al cielo —dice— allí te hallas; si bajare al infierno, estás allí* (Sal 138,8). Pero en ambas partes fuertemente, pues no sólo expidió de las alturas al soberbio, sino que en los infiernos despojó al avaro. Convenía, pues, que dispusiese con suavidad todas las cosas del cielo y de la tierra, a fin de que, arrojando de allí al inquieto, asegurase a los demás en la paz y, habiendo de vencer aquí al envidioso, nos dejase primero a nosotros el necesarísimo ejemplo de su humildad y mansedumbre; y así, por este orden maravilloso de su sabiduría, se mostrase para los suyos suave y para los enemigos fuerte. Porque ¿qué nos serviría que el diablo fuese vencido por Cristo, si nosotros permaneciésemos soberbios? Así, no hay duda en que intervinieron causas muy importantes para que María fuese desposada con

José, puesto que por este medio se esconde lo santo a los perros y se comprueba la virginidad de María por su esposo; igualmente se preserva a la Virgen del sonrojo y se provee a la integridad de su fama. ¿Qué cosa más llena de sabiduría, qué cosa más digna de la providencia divina? Con sólo este arbitrio, se admite un fiel testigo a los secretos del cielo y se excluye de ellos al enemigo y se conserva ilesa la fama de la Virgen Madre. De otra suerte, ¿cuándo hubiera perdonado el justo a una adúltera? Pero está escrito: *Mas José, su esposo, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla ocultamente* (Mt 1,19). ¡Qué bien dicho, siendo justo y no queriendo delatarla! Porque, así como de ningún modo hubiera sido justo si la hubiera consentido conociéndola culpada, igualmente no sería justo si la hubiera delatado conociéndola inocente. Como fuese, pues, justo y no quisiese delatarla, quiso dejarla ocultamente.

¿Por qué quiso dejarla? Oye también en esto no mi sentencia propia, sino la de los Padres. Por el mismo motivo quería José dejar a María por el que San Pedro también apartaba de sí al Señor, diciéndole: *Apártate de mí, Señor, porque yo soy un pecador* (Lc 5,8); y por la causa misma porque el centurión no quería que entrase el Señor en su casa diciendo: *Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo* (Mt 8,8). Así, José, teniéndose por indigno y pecador, decía dentro de sí mismo que no debía concedérsele ya en adelante la familiar compañía con tal y tan grande criatura, cuya admirable dignidad miraba sobre sí con asombro. Miraba y se llenaba de pavor a la vista de quien llevaba en sí misma una certísima divisa de la presencia divina; y, porque no podía penetrar el misterio, quería dejarla. Miró Pedro con pavor la grandeza del poder de Cristo, miró con pavor el centurión la majestad de su presencia. Fue poseído también José, como hombre, de un asombro sagrado a la novedad de tan grande milagro, a la profundidad de tan grande misterio, y por eso quiso dejarla ocultamente. ¿Te maravillas de que José se juzgase indigno de la compañía de María, cuando llevaba ya en sus virginales entrañas el Hijo de Dios, oyendo tú que Santa Isabel no podía sostener su presencia sin temor y respeto, pues prorrumpe en estas voces: *¿De dónde a mí esta dicha, que la madre de mi Señor venga a mí?* (Lc 1,43). Este fue el motivo porque José quería dejarla. Pero ¿por qué ocultamente y no a las claras? Porque no se inquiriese la causa del divorcio y se pidiese la razón que había para él. Porque ¿qué respondería este varón justo a un pueblo de dura cerviz, a un pueblo que no creía, sino que contradecía? Si decía lo que sentía y lo que había comprobado él mismo en orden a su pureza, ¿no se burlarían al punto de él los incrédulos y crueles judíos y a ella no la apedrearían? ¿Cuándo creerían

a la verdad enmudecida en el seno, si después la despreciaron clamando en el templo? ¿Qué harían con quien todavía no aparecía los que pusieron en El sus impías manos cuando resplandecía con milagros? Con razón, pues, este varón justo, por no verse obligado o a mentir o a infamar a una inocente, quiso ocultamente dejarla.

* * *

Mas si alguno siente de diferente modo, y porfía en que José, como hombre, dudó; y, como era justo, no quería habitar con ella por la sospecha, no queriendo, sin embargo, tampoco (como era piadoso) descubrir sus recelos, y que por esto quiso dejarla ocultamente; brevemente respondo que aun así fue muy necesaria y provechosa la duda de José, pues mereció ser aclarada por el oráculo divino. Porque así se halla escrito: *Pensando él en esto, es decir, en dejarla ocultamente, se le apareció un ángel en sueños, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María por consorte tuya, pues lo que en sus entrañas está es del Espíritu Santo* (Mt 1,20). Así, por estas razones, fue desposada María con José o, como dice el evangelista, *con un varón cuyo nombre era José* (Lc 1,27). Varón le llama, no porque fuese marido, sino porque era hombre de virtud. O mejor, porque, según otro evangelista, fue llamado, no varón absolutamente, sino varón de María, con razón se apellida como fue necesario reputarle. Debió, pues, llamarse varón suyo, porque fue necesario reputarlo tal; así como también mereció no serlo a la verdad, sino llamarse padre de Dios; de modo que se pensó que lo era, por lo que dice este mismo evangelista: *Tenía Jesús, al comenzar su ministerio, unos treinta años, y le reputaban hijo de José* (Lc 3,27). Ni fue, pues, varón de la madre ni padre del hijo, aunque (como se ha dicho), por una necesaria razón de obrar y, permisión en Dios, fue llamado y reputado por algún tiempo lo uno y lo otro.

* * *

Pero conjetura tú por este título, con el cual, aunque por una graciosa razón de obrar y permisión divina, mereció ser honrado, llamándose y creyéndose algún tiempo padre de Dios; conjetura también por su nombre propio (que sin duda significa aumento) qué hombre tan grande y de cuánta virtud era este José. Acuérdate al mismo tiempo de aquel grande patriarca, vendido en otro tiempo en Egipto, y reconocerás que éste no sólo tuvo su mismo nombre, sino su castidad, su inocencia y su gracia. Aquel José (Gen 37,27), vendido por la envidia de sus hermanos y llevado a Egipto, prefiguró la venta de Cristo; este José, huyendo de la envidia de

Herodes, llevó a Cristo a la tierra de Egipto (Mt 2,14). Aquél, guardando lealtad a su señor, no quiso consentir al mal intento de su señora (Gen 39,12); éste, reconociendo virgen a su Señora. Madre de su Señor, la guardó fidelísimamente, conservándose él mismo en toda castidad. A aquél le fue dada la inteligencia de los misterios de los sueños; éste mereció ser sabedor y participante de los misterios de los soberanos. Aquél reservó el trigo no para sí, sino para el pueblo; éste recibió el pan vivo del cielo para guardarle para sí y para todo el mundo. Sin duda, este José con quien se desposó la Madre del Salvador fue hombre bueno y fiel. Siervo fiel y prudente, repito, a quien constituyó Dios consuelo de su Madre, proveedor del sustento de su cuerpo; finalmente, a él solo sobre la tierra, coadjutor fidelísimo del gran consejo. Se llega a esto el referirse también que era de la casa de David. Verdaderamente de la casa de David, verdaderamente de sangre real desciende este José, noble en linaje y más noble en el ánimo. Verdaderamente hijo de David, pues no degenera de David, su padre. Enteramente, vuelvo a decir, hijo de David, no sólo por la sangre, sino por la fe, por la santidad, por la devoción; a quien halló Dios, como a otro David, según su corazón, para encomendarle con seguridad el secretísimo arcano de su corazón; a quien, como a otro David, manifestó los secretos y misterios de su sabiduría y le dio el conocimiento de aquel misterio, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; a quien, en fin, se concedió no sólo ver y oír al que muchos reyes y profetas, queriéndole ver, no le vieron y queriéndole oír no le oyeron, no sólo verle y oírle, sino tenerle en sus brazos, llevarle de la mano, abrazarle, besarle, alimentarle y guardarle. Mas no precisamente de José, sino de María también se debe creer que descendía de la casa de David. Porque no se hubiera podido desposar con un varón de la casa de David si ella misma no fuera de la casa de David también. Ambos, pues, eran de la casa de David; pero en María se cumplió aquella verdad que Dios había jurado a David, siendo José solamente sabedor y testigo del cumplimiento de la divina promesa.

* * *

Al fin del verso dice el evangelista: *Y el nombre de la virgen era María.* Digamos también, acerca de este nombre, que significa estrella de la mar, y se adapta a la Virgen Madre con la mayor proporción. Se compara María oportunísimamente a la estrella; porque, así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí misma, así, sin lesión suya, dio a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella de su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad. Ella, pues, es aquella noble

estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; y alumbrando también a la tierra y calentando más bien los corazones que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Esta misma, repito, es la esclarecida y singular estrella, elevada por necesarias causas sobre este mar grande y espacioso, brillando en méritos, ilustrando en ejemplos. ¡Oh!, cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, mas antes fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si eres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición, si de la emulación, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, o la avaricia, o el deleite carnal impele violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente al puerto, si ella te ampara; y así, en ti mismo experimentarás con cuánta razón se dijo: *Y el nombre de la virgen era María*. Pero ya debemos pausar un poco, no sea que miremos sólo de paso la claridad de tanta luz. Pues, por usar de las palabras del evangelista: *Bueno es que nos detengamos aquí* (Mt 17,4). Da gusto contemplar dulcemente en el silencio lo que no basta a explicar la pluma laboriosa. Y entre tanto, por la devota contemplación de esta brillante estrella, recobrará más fervor la exposición en lo que se sigue.

En los peligros, en las angustias, en las dudas, acuérdate de María, invoca a María.



Capítulo tercero

MARÍA LLENA DE GRACIA

Y habiendo entrado el ángel a donde estaba María, le dijo: Dios le salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.

Cuando oyó esto se turbó y pensaba qué salutación sería ésta y el ángel le dijo: no temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, he aquí que concebirás en tu seno, y tendrás un hijo, y le llamarás Jesús. Este será grande y será llamado hijo del Altísimo y te dará el señor Dios el trono de David su padre y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin (Lc 1,28-33)

* * *

Me gusta usar de las palabras de los Santos siempre que oportunamente se puedan adaptar a los asuntos que trato, para que así, se hagan más gratas a lo menos por la belleza de los vasos, las cosas que en mis discursos presento al lector, y por eso comienzo este capítulo con las expresiones del Profeta ¡ay de mí! (Is 6,5) no a la verdad como él, porque callé, sino porque he hablado, pues mis labios son impuros. ¡Ay!; cuántas cosas vanas, cuantas cosas falsas, cuántas cosas torpes me acuerdo haber vomitado por esta misma asquerosísima boca mía, con que ahora presumo tratar palabras celestiales.

Temo mucho que esté cerca aquel momento en que haya de oír que me dicen: *¿Cómo cuentas tú mis injusticias y tomas en tu boca mi testamento?* (Sal 49,16). Ojalá que a mí también me trajeran como al Profeta, del soberano altar, no una sola ascua sino un globo grande de fuego, que consumiese enteramente la mucha e inveterada inmundicia de mi sucia boca, a fin de hacerme digno de repetir con mi expresión, tal cual ella sea, los gratos y castos coloquios del Angel con la Virgen y la respuesta de la Virgen al mismo Angel.

Dice el Evangelista: *Habiendo entrado el ángel del Señor, dijo a María: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* ¿Y a dónde entró el ángel? Sin duda al secreto de su casto aposento, en donde quizá, cerrada la puerta sobre sí, estaba en lo oculto orando al padre celestial. Suelen los ángeles estar presentes a los que oran y deleitarse en los que ven levantar sus puras manos en la oración; se alegran de ofrecer a Dios el holocausto de la devoción santa como incienso agradable al cielo. Y cuánto habían agradado las oraciones de María en la presencia del Altísimo, lo indica el Angel saludándola con tanta reverencia.

No fue dificultoso al Angel penetrar en el secreto aposento de la Virgen, pues por la sutileza de su substancia tenía la natural propiedad de que nada ni la cerradura de hierro, le podían estorbar la entrada a cualquiera parte que su ímpetu le llevase. No resisten a los Angélicos Espíritus las paredes, sino que les ceden todas las cosas visibles, y todos los cuerpos por más sólidos o densos que sean están francos y penetrables para ellos. No debes, pues, sospechar que encontrase el Angel abierta la puertecita de la Virgen cuyo propósito, al estar cerrada, era evitar la concurrencia de los hombres y huir de sus conversaciones, para que así o no fuese perturbado el silencio de su oración o no fuese tentada su castidad de que hacía profesión. Por tanto, había cerrado sobre sí su habitación en aquella hora la Virgen prudentísima, pero a los hombres, no a los ángeles y aunque pudo entrar el Angel donde estaba, a ninguno de los hombres le era fácil la entrada.

Habiendo entrado el Angel a donde estaba María la dijo; *Dios te salve llena de gracia el Señor es contigo.* Leemos en los Actos de los Apóstoles (Hech 6,5) que San Esteban estuvo lleno de gracia y que los Apóstoles también estuvieron llenos de Espíritu Santo, pero fue diferentemente que María, porque, a más de otras razones, ni en aquel habitó la plenitud de la divinidad corporalmente, como habitó en María, ni estos concibieron del Espíritu Santo, como María.

Dios te salve, dice, llena de gracia, el Señor es contigo. ¿Qué mucho estuviera llena de gracia, si el Señor estaba con ella? Lo que más se debe admirar es cómo el mismo que había enviado el ángel a la Virgen fue hallado con la Virgen por el ángel. ¿Fue Dios más veloz que el ángel, de modo que con mayor ligereza se anticipó a su presuroso nuncio para llegar a la tierra? No hay que admirar, porque estando el Rey en su reposo, el nardo de la Virgen dio su olor y subió a la presencia de su gloria el perfume de su aroma y halló gracia en los ojos del señor, clamando los circunstantes: *¿Quién es esta que sube por el desierto como una columnita*

de humo formada de perfumes de mirra e incienso? (Cant 3,6) Y al punto el Rey, saliendo de su lugar santo, mostró el aliento de un gigante para correr el camino (Sal 18,6); y, aunque fue su salida de lo más alto del cielo, volando en su ardentísimo deseo, se adelantó a su nuncio, para llegar a la Virgen, a quien había amado, a quien había escogido para sí, cuya hermosura había deseado. Al cual, mirándole venir de lejos, dándose el parabién y llenándose de gozo, le dice la Iglesia: ***Mirad cómo viene éste saltando en los montes, pasando por encima de los collados*** (Cant 2,8).

* * *

Mas con razón deseó el Rey la hermosura de la Virgen, pues había puesto por obra todo lo que mucho antes había sido amonestada por David, su padre, que la decía: *Escucha, hija, y mira; inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Y si esto haces, deseará el Rey tu hermosura* (Sal 44,11). Oyó, pues, y vio; no como algunos, que oyendo no oyen y viendo no entienden, sino que oyó y creyó; vio y entendió. Inclino su oído a la obediencia y su corazón a la enseñanza, y se olvidó de su pueblo y de la casa de su padre; porque ni pensó en aumentar su pueblo con la sucesión ni intentó dejar herederos a la casa de su padre, sino que todo el honor que pudiera tener en su pueblo, todo lo que pudiera tener de bienes terrenos por sus padres, lo abandonó como si fuera basura, para ganar a Cristo. Ni la engañó su pensamiento, pues logró, sin violar el propósito de su virginidad, tener a Cristo por hijo suyo. Con razón se llama *llena de gracia*, pues tuvo la gracia de la virginidad; y, a más de eso, consiguió la gloria de la fecundidad.

* * *

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. No dijo el ángel: El señor está en ti, sino: *el Señor es contigo*; porque, aunque Dios está igualmente en todas partes por su simplicísima substancia, con todo eso, está de diferente modo en las criaturas racionales que en las demás; y en aquellas mismas todavía de otra suerte en los buenos que en los malos, por su eficacia. De tal modo sin duda está en las criaturas irracionales, que no puede caber en ellas; en las racionales puede caber por el conocimiento, pero sólo halla cabida en los buenos por el amor. Así, sólo en los buenos está de tal manera, que también está con ellos por la concordia de la voluntad; porque, cuando sujetan de tal modo sus voluntades a la justicia, que no es indecente a Dios querer lo que ellos quieren, por lo mismo que no se apartan de su voluntad, se juntan a sí mismos con especialidad a

Dios. Mas, aunque de esta suerte está en todos los santos, particularmente está con María, con la cual tuvo tanta concordia, que juntó a sí mismo no sólo su voluntad, sino su misma carne también; y de su substancia y de la de la Virgen hizo un solo Cristo o, diciendo mejor, se hizo un solo Cristo; el cual, aunque ni todo de la substancia de Dios, ni todo de la substancia de la Virgen, sin embargo, todo es de Dios y todo de la Virgen; no siendo por eso dos hijos, sino sólo un hijo de uno y de otro. Dice, pues: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. No solamente el Señor Hijo es contigo, al cual distes tu carne, sino también el Señor Espíritu Santo, de quien concibes; y el Señor Padre, que engendró al que tú concibes. El Padre, repito, es contigo, que hace a su Hijo tuyo también. El Hijo es contigo, quien, para obrar en ti este admirable misterio, se reserva a sí con un modo maravilloso el arcano de la generación y a ti te guarda el sello virginal. El Espíritu Santo es contigo, pues con el Padre y con el Hijo santifica tu seno. El Señor, pues, es contigo.

Bendita tú eres entre las mujeres. Quiero juntar a esto lo que añadió Santa Isabel a estas mismas palabras, diciendo: *Y bendito es el fruto de tu vientre*. No porque tú eres bendita es bendito el fruto de tu vientre, sino porque él te previno con bendiciones de dulzura, eres tú bendita. Verdaderamente es bendito el fruto de tu vientre, pues en él son benditas todas las gentes; de cuya plenitud también recibiste tú con los demás, aunque de un modo más excelente que lo demás. Por tanto, sin duda eres tú bendita, pero entre las mujeres; mas él es bendito, no entre los hombres, no entre los ángeles precisamente, sino como quien es, según habla el Apóstol, *sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos* (Rom 9,6). Suele llamarse bendito el hombre, el pan bendito, bendita la mujer, bendita la tierra y las demás cosas en las criaturas que están benditas; pero singularmente es bendito el fruto de tu vientre, siendo él, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos.

* * *

Bendito, pues, es el fruto de tu vientre. Bendito en el olor, bendito en el sabor, bendito en la hermosura. La fragancia de este odorífero fruto percibía aquel que decía: *El olor que sale de mi Hijo es semejante al de un campo lleno que el Señor colmó de sus bendiciones* (Gen 17,27). ¿No será bendito aquel a quien colmó de sus bendiciones el Señor? Del sabor de este fruto, uno que le había gustado, eructaba de este modo, diciendo: *Gustad y ved qué suave es el Señor* (Sal 33,9); y en otra parte: *¡Qué grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que has escondido y reservado*

para los que te temen! (Sal 30,20) Y otro también: *Si es que habéis gustado que es dulce el Señor* (Ped 2,3). Y el mismo fruto de sí mismo, convidándonos a sí: *El que me come, dice, tendrá todavía hambre; y el que me bebe, tendrá todavía sed* (Eccli 24,29). Sin duda decía esto por la dulzura de su sabor, que gustado excita el apetito. Buen fruto el que es comida y bebida a un tiempo para las almas que tienen hambre y sed de la justicia. Oíste ya su olor, oíste su sabor, oye también su hermosura; porque, si aquel fruto de muerte no sólo fue suave para comerse, sino también, por testimonio de la Escritura, agradable a la vista, ¿cuánto más cuidadosamente debemos informarnos de la vivificante hermosura de este fruto vital, en quien, por testimonio igualmente de la Escritura, desean mirar los ángeles mismos? Cuya belleza miraba en espíritu y deseaba ver en el cuerpo aquel que decía; *De Sión viene el esplendor de su hermosura* (Sal 49,2). Y, porque no te parezca que alababa una belleza mediana solamente, acuérdate de lo que tienes escrito en otro salmo: *Tú sobrepasas en belleza a todos los hijos de los hombres; la gracia está derramada en tus labios; por eso Dios te bendijo para siempre* (Sal 44,3).

* * *

Bendito, pues, el fruto de tu vientre, al cual bendijo Dios para siempre; por cuya bendición también eres bendita tú entre las mujeres, porque no puede un árbol malo llevar un fruto bueno. Bendita tú, vuelvo a decir, entre las mujeres, pues te libraste de la general maldición en que se dijo: *En tristeza darás a luz los hijos* (Gen 3,16); y no menos de aquella que se siguió: *Maldita la estéril en Israel* (Ex 33,20); y conseguiste una especial bendición, por la cual ni permaneces estéril ni das a luz con dolor. ¡Dura necesidad y yugo grave que oprime a todas las hijas de Eva! Si dan a luz son atormentadas con los dolores; si no dan a luz, son maldecidas. ¿Qué harás, virgen, que oyes esto y que lees esto? Si deseas tener parto, serás afligida entre angustias; si permaneces estéril, serás maldecida. ¿Qué escoges, Virgen prudente? Por todas partes, dice, me cercan angustias. Sin embargo, mejor es para mí incurrir en la maldición y permanecer casta, que concebir primero por la concupiscencia lo que después justamente había de dar a luz con dolor. Por esta parte, aunque veo la maldición, pero no el pecado; mas por la otra veo el pecado y juntamente el tormento. En fin, ¿esta maldición es más que el impropio de los hombres? No por otra cosa se llama la estéril maldita, sino porque los hombres la impropiarán y despreciarán como inútil e infructuosa en Israel. Pero para mí nada importa que desagrade a los hombres, como pueda presentarme a Cristo, Virgen

casta. ¡Oh Virgen prudente! ¡Oh Virgen devota! ¿Quién te enseñó que agradaba a Dios la virginidad? ¿Qué ley, qué rito, qué página del Viejo Testamento manda o aconseja y exhorta a vivir en la carne castamente y a tener una vida propia de los ángeles de la tierra? ¿En dónde lo has leído, Virgen devota, *que la sabiduría de la carne es muerte* (Rom 8,6); *y no queráis contentar vuestra sensualidad satisfaciendo a sus deseos?* (Rom 13,14) ¿En dónde has leído de las vírgenes *que cantan un nuevo cántico que ningún otro puede cantar y que siguen al Cordero adondequiera que vaya?* (Ap 14,4) ¿En dónde has leído que son alabados *los que se hicieron continentes por el reino de Dios?* (Mt 19,12) ¿En dónde has leído: *Aunque vivimos en la carne, nuestra conducta no es carnal?* (2 Cor 10,3) *Y ¿aquel que casa a su hija, hace bien; y aquel que no la casa, hace mejor?* (1 Cor 7,38) ¿Dónde has oído: Quisiera que todos vosotros permanecierais en el estado en que yo me hallo; y bueno es para el hombre si así permaneciere, como yo le aconsejo? En cuanto a las vírgenes, dice, no he recibido precepto del Señor, pero doy consejo. Mas tú, no digo precepto, pero ni consejo, ni ejemplo tenías, sino que la interior moción de Dios te lo enseñaba todo, y su palabra viva y eficaz, haciéndose primero tu maestro que hijo tuyo, instruyó antes tu mente, que se vistió de tu carne. Haces voto, pues, de presentarte a Cristo virgen, sin saber que está reservado para ti ser Madre. Escoges ser despreciable en Israel e incurrir en la maldición de la esterilidad para agradar a aquel Señor en cuyos ojos obras lo más perfecto; y mira cómo la maldición se trueca en bendición y la esterilidad se recompensa con la fecundidad.

* * *

Abre, Virgen, el seno, dilata el regazo, prepara tus castas entrañas, pues va a hacer en ti cosas grandes el que es todopoderoso, en tanto grado, que en vez de la maldición de Israel te llamarán bienaventurada todas las generaciones. No tengas por sospechosa, Virgen prudentísima, la fecundidad; porque no disminuirá tu integridad. Concebirás, pero sin pecado; estarás embarazada, pero no cargada; darás a luz, pero no con tristeza; no conocerás varón y engendrarás un hijo. ¡Qué hijo! De aquel mismo serás Madre de quien Dios es Padre. El hijo de la caridad paterna será la corona de tu castidad; la sabiduría del corazón del Padre será el fruto de tu virgíneo seno; a Dios, en fin, darás a luz y concebirás de Dios. Ten, pues, ánimo, Virgen fecunda, madre intacta, porque no serás maldecida jamás en Israel ni contada entre las estériles. Y si con todo eso el Israel carnal te maldice, no porque te mire estéril, sino porque sienta que

seas fecunda; acuérdate que Cristo también sufrió la maldición; el mismo que a ti, que eres su madre, bendijo en los cielos; pero aun en la tierra igualmente eres bendecida por el ángel, y por todas las generaciones de la tierra eres llamada, con razón, bienaventurada. Bendita, pues, eres tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

* * *

La cual, habiendo oído tales palabras, se turbó y estaba entre sí pensando en la salutación. Suelen las vírgenes que verdaderamente aman la virginidad estar siempre temerosas y nunca seguras; y para precaverse de lo que en realidad es temible, suelen temer aun en aquello que no tiene riesgo, considerando que llevan un tesoro precioso, en un vaso de barro y que es muy arduo vivir como los ángeles entre los hombres, conducirse en la tierra al tenor de los que habitan en el cielo y guardar en el cuerpo frágil la pureza del celibato. Por consiguiente, al ver una cosa nueva o repentina, sospechan asechanzas y piensan que todo se maquina contra ellas. Por eso María se turbó a las palabras del ángel; se turbó, mas no se perturbó. *Me turbé*, dice el profeta, *y no hablé*, sino que *medité los días antiguos y tuve en mi pensamiento los años eternos* (Sal 76,5). A este modo María se turbó y no habló, sino que pensaba entre sí qué salutación sería ésta. Haberse turbado fue pudor virginal; no haberse perturbado, fortaleza; haber callado y pensado, prudencia. *Estaba entre sí pensando en la salutación.* Sabía esta Virgen prudente que muchas veces Satanás se transforma en ángel de luz; y, porque era humilde y sencilla, no esperaba cosa semejante de un ángel santo; y por eso pensaba entre sí que salutación sería ésta.

* * *

Entonces el ángel, mirando a la Virgen y advirtiendo facilísimamente que resolvía en su corazón pensamientos varios, la consuela en sus temores, la ilustra y fortalece en sus dudas, y llamándola familiarmente por su propio nombre, blanda y benignamente la persuade que no tema: *No temas*, dice, *María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios.* Nada hay aquí de dolor, nada de engaño, no sospeches fraude, no receles alguna asechanza: no soy hombre, soy espíritu y ángel de Dios, no de satanás. *No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios.* ¡Oh, si supieras cuánto agrada a Dios tu humildad y cuánta es tu privanza con El! ¡No te juzgarías indigna de que te saludase y obsequiase un ángel! ¿Por qué has de pensar que te es indebida la gracia de los ángeles, cuando has hallado gracia en los ojos de Dios? Hallaste lo que buscabas, hallaste lo que antes

de ti ninguno pudo hallar, hallaste gracia en los ojos de Dios. ¿Qué gracia? La paz de Dios y de los hombres, la destrucción de la muerte, la reparación de la vida. Esta es la gracia que hallaste en los ojos de Dios. Y ésta es la señal que te dan para que te persuadas que has hallado todo esto: *Sabe que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús.* Entiende, Virgen prudente, por el nombre del hijo que te prometen, cuán grande y qué especial gracia has hallado en los ojos de Dios. Y *le llamarás Jesús.* La razón y significado de este nombre se halla en otro evangelista, interpretándole el ángel así: *Porque El salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt 1,21).

* * *

De dos leo que precedieron con el nombre de Jesús en figura de este de quien ahora tratamos; y ambos mandaron a los pueblos; de los cuales el uno sacó a su pueblo de Babilonia y el otro introdujo al suyo en la tierra de promisión. Y estos mismos sin duda defendieron de sus enemigos a los pueblos que gobernaban; pero, ¿por ventura, les salvaron de sus pecados? Mas este nuestro Jesús salva a su pueblo de sus pecados y le introduce en la tierra de los vivientes, *porque El salvará a su pueblo de sus pecados.* ¿Quién es éste, que también perdona los pecados? Ojalá que también se digne el Señor Jesús contarme a mí, pecador, en su pueblo para salvarme de mis pecados. Dichoso verdaderamente el pueblo de quien es su Dios este Señor Jesús, pues El salvará a su pueblo de sus pecados. Pero recelo que muchos profesen ser de su pueblo, y que, sin embargo, El no los tenga por pueblo suyo; recelo que a muchos que parecen ser los más religiosos entre su pueblo, diga El mismo alguna vez: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* (Mt 15,8). Sabe el Señor Jesús los que son suyos, sabe los que escogió desde el principio. *¿Por qué me llamáis, dice, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo?* (Lc 6,46) ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo, o, más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que te manda en el Evangelio el Señor Jesús, lo que manda en la ley, lo que manda por los profetas, lo que manda por sus ministros que tiene en la Iglesia; obedece a tus prelados, que son vicarios suyos, no sólo a los buenos y modestos, sino a los que son ásperos y duros; aprende del mismo Jesús a ser manso y humilde de corazón; y serás de aquel verdadero pueblo suyo que El escogió por su heredad; serás de aquel estimable pueblo suyo a quien el Señor de los ejércitos bendijo diciendo: *Tú eres obra de mis manos, y mi heredad, Israel* (Is 19,25); de quien, para que

acaso no sigas al Israel carnal, asegura con su testimonio: *Un conocido se ha sujetado a mí; me ha obedecido al punto que oyó mi voz* (Sal 17,45).

* * *

Pero oigamos lo que siente el mismo ángel de aquel a quien pone tal nombre aun antes de ser concebido. Dice, pues: *Este será grande y será llamado el hijo del Altísimo* (Lc 1,32). Con razón se dice que será grande el que merecerá ser llamado hijo del Altísimo. ¿Por ventura no es grande aquel *cuya grandeza no tiene fin? ¿Y quién es tan grande, dice, como nuestro Dios?* (Sal 112,5) Grande es enteramente el que es tan grande como el Altísimo, pues él también es Altísimo. No juzgará el hijo del Altísimo (Flp 2,6) que es una usurpación y robo en sí mismo aquel que, habiendo sido formado ángel de la nada, comparándose, lleno de soberbia, a su Hacedor, pretendía robar lo que es propio del Hijo de Dios; el cual, sin duda, según su forma y naturaleza divina, no fue hecho, sino engendrado de Dios. Pues Dios Padre Altísimo, aunque es omnipotente, no pudo, con todo eso, o hacer una criatura igual a sí mismo o engendrar un hijo que fuese desigual. Así hizo grande al ángel, pero no tanto como es El; y, por consiguiente, no le hizo altísimo. Solamente ni lo reputa usurpación ni lo tiene por injuria que el Unigénito, a quien no hizo, sino que engendró omnipotente, siendo El altísimo; coeterno, siendo El eterno, se compare en todo a El mismo. Con razón, pues, será éste grande, pues será llamado hijo del Altísimo.

* * *

Pero ¿por qué dice que *será*, y no dice más bien que es grande el que, siempre igualmente grande, no tiene adonde crecer, ni después de su concepción ha de ser mayor que sea o haya sido antes? ¿Acaso se dice que *será*, porque El mismo, que era Dios grande, ha de ser grande hombre? Bien se dice, pues: *Este será grande*. Grande hombre, grande doctor, grande profeta. De El se dice en el Evangelio: *Un profeta grande ha parecido en medio de nosotros* (Lc 7,16); y por otro profeta menor que él es prometido igualmente como un profeta grande que había de venir: *Mira, dice, que vendrá un profeta grande y él mismo renovará a Jerusalén*. Y tú, a la verdad, ¡oh Virgen!, darás de mamar a un párvulo; pero al verle párvulo, contéplale grande. Será grande, porque el Señor le engrandecerá delante de los reyes, de modo que todos los reyes le adorarán, todas las gentes le servirán. Engrandezca, pues, tu alma también al Señor, porque *será grande y será llamado hijo del Altísimo*. Grande será y hará cosas

grandes el que es poderoso y su nombre santo. ¿Qué nombre más santo que llamarse hijo del Altísimo? Sea también engrandecido por nosotros, que somos párvulos, el Señor grande, que, por hacernos grandes, se hizo párvulo. *Un párvulo*, dice el profeta, *nació para nosotros y un párvulo nos han dado* (Is 9,6). Para nosotros, repito, no para sí; pues, nacido de su Eterno Padre más noblemente antes de los tiempos, no necesitaba nacer de una Madre en el tiempo. No para los ángeles tampoco, que poseyéndole grande no le solicitaban párvulo. Para nosotros, pues, nació, a nosotros nos le han dado, porque para nosotros era necesario.

* * *

Empleemos ya al que nació para nosotros y fue dado a nosotros en lo que es el fin por que nació y nos fue dado. Usemos del que es nuestro en utilidad nuestra, saquemos del Salvador la salud. He aquí que el párvulo está puesto en medio de nosotros. ¡Oh párvulo deseado de los párvulos! ¡Oh verdaderamente párvulo, pero en la malicia, no en la sabiduría! Procuremos hacernos como este párvulo, aprendamos de El a ser mansos y humildes de corazón; no sea que el grande Dios se haya hecho sin fruto hombre pequeño, no sea que en balde haya muerto, no sea que inútilmente haya sido crucificado por nosotros. Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, apreciemos su amor, tomemos parte en sus penas, lavémonos en su sangre. Ofrezcámosle a El mismo como nació y nos fue dado a nosotros. Ofrezcámosle a los ojos de su Padre, ofrezcámosle a los suyos mismos, porque el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que por nosotros le entregó; y el mismo Hijo se abatió hasta tal extremo, que tomó la forma de esclavo. El mismo entregó su vida a la muerte y fue puesto en el número de los malhechores; y El mismo llevó sobre sí los pecados de muchos y oró por los violadores de la ley para que no pereziesen. No pueden perecer aquellos por quienes el Hijo ruega que no perezcan, por quienes el Padre entregó su Hijo a la muerte para que vivan. Debemos esperar el perdón de ambos igualmente; en los cuales es igual la misericordia en su piedad, igual en la voluntad el poder; una misma substancia divina.

* * *

Gloria sea dada, pues, al Hijo del Altísimo, Hijo también de María que cuando honramos al Hijo no nos apartamos de las glorias de la Madre, e igualmente cuanto decimos en las alabanzas de la Virgen Madre, redundan también a gloria del Hijo. Si como dice Salomón: *El Hijo sabio es gloria*

del Padre (Prov 10,1). ¿Cuánta mayor gloria será ser Madre de la misma Sabiduría? Pero ¿qué puedo intentar yo en las alabanzas de aquella Señora a quien publican digna de ellas los Profetas, lo expresa el mismo Angel y lo declara el santo Evangelio? No, yo no la alabo, porque no me atrevo, sino que repito con devoción lo que ya explicó el Espíritu Santo por boca del Evangelista.

Dice: *Y le dará el Señor Dios el trono de David, su Padre*. Que de la prosapia de David trajese su origen Jesús, nadie lo duda. Pero yo deseo saber, ¿cómo le dió el Señor el trono de David su padre, no habiendo reinado en Jerusalén, sino que antes bien, queriéndolo hacer Rey las turbas no lo consintió, y aun protestó delante de Pilatos, diciendo: *Mi reino no es de este mundo?* (Jn 18,36). Y, ¿qué es el trono de David, qué se promete, para quién se sienta sobre los Querubines, para quién vio el Profeta (Is 4,1) sentado sobre un Solio excelso y elevado? Sabemos que hay otra Jerusalén significada por ésta en que reinó David y que es aquélla mucho más noble y rica. Y a esa se refiere aquí, según el frecuente modo de hablar de la Escritura, en que se pone muchas veces lo que significa por el significado. Le dio Dios el trono de David, su padre, cuando *le constituyó Rey sobre Sión su monte sano* (Sal 2,6). Y este texto parece explicar ya más claramente de qué reino se trata, porque no dice en Sión, sino sobre Sión.

Ciertamente en Sión reinó David, pero está sobre Sión el reino aquel de quien se dijo a este rey: *Colocaré sobre tu trono tu descendencia* (Sal 131); de quien se dijo también por otro Profeta: *Sobre el solio de David y sobre su reino se sentará* (Is 9,7). Y ¿no ves cómo en todas partes hallas *sobre? Sobre Sión, sobre el trono, sobre el solio, sobre el Reino*. Le dará, pues, el Señor Dios el trono de David su padre, no el figurativo, sino el verdadero, no el temporal, sino el eterno, no el terreno, sino el celestial.

* * *

Y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin (Lc 1,32).

Si aquí igualmente entendiéramos la casa temporal de Jacob, ¿cómo no siendo eterna, había de poder reinar en ella eternamente? Se ha de buscar, pues, una casa eterna de Jacob en que reine eternamente aquel Señor cuyo reino no tendrá fin. Y además ¿acaso aquella provocadora casa de Jacob no le negó impíamente y le desechó neciamente delante de Pilatos, cuando diciendo él: *¿Yo he de crucificar a vuestro Rey?*, respondió gritando a una voz: *No tenemos más Rey que al César?* (Jn 19,15)

Busca, pues, al Apóstol y te distinguirá al que es judío en lo oculto de aquel que lo es en lo manifiesto y la circuncisión que es según el espíritu de aquella que se hace según la carne, al Israel espiritual del carnal, a los hijos de la fe de Abraham de los hijos de su carne. *No todos los que son de la sangre de Abraham (Rom 1,28) son hijos suyos.* Luego igualmente no todos los que descienden de Jacob son de la casa de Jacob, puesto que Jacob es lo mismo que Israel.

Juzga, pues, de la casa de Jacob sólo aquellos que se encuentran perfectos en la misma y habrás encontrado los que constituyen la casa espiritual y eterna de Jacob en que el Señor Jesús reinará para siempre. ¿Quién de nosotros es el que según la interpretación del nombre de Jacob hace caer con industria de su corazón al diablo y lucha contra sus vicios y deseos malos, para que no reine el pecado en su cuerpo mortal, sino Jesús en él, ahora por la gracia y después por la gloria?

* * *

Dichosos aquellos en quienes Jesús reinará eternamente, porque ellos también reinarán con él, y su reino no tendrá fin. ¡Oh qué dichoso es aquel reino en que se congregaron los Reyes para alabar y glorificar al que es sobre todos Rey de los Reyes y Señor de los Señores, cuyo resplandeciente rostro contemplarán los justos y brillarán como el sol en el Reino de su Padre! ¡Oh si de mí, pecador, se acordara también Jesús según la bondad que se ha dignado mostrar a su pueblo, cuando haya de venir a su reino! ¡Oh si en aquel día en que ha de entregar el reino a Dios y al Padre, quisiera visitarme con su asistencia saludable, para verle yo colmado de los bienes de sus escogidos, para gozarme yo en la alegría que es propia de su pueblo; y que esta misma misericordia fuera eterna materia para darle alabanzas en compañía de su heredad!

Venid entre tanto Señor Jesús y quitad los escándalos de vuestro reino que es mi alma, para que vos reinéis como es natural en ella. Porque viene la avaricia y quiere asentar en mí su trono; la jactancia: quiere dominarme, la soberbia quiere ser mi rey, la lujuria, dice, yo he de reinar; la detracción, la ira, la envidia, combaten en mí mismo, sobre mí, disputando entre sí de cuál de ellas debo ser esclavo principalmente. Y yo, cuanto puedo resisto, cuanto puedo me esfuerzo, doy voces a mi Señor Jesús, me derramo en su presencia, porque conozco que tiene en mí todo derecho. Tengo a El por mi Dios, tengo a El por mi Dueño, y digo: no tengo otro Rey que mi Señor Jesús. Venid, pues, Señor, dispersadlos con la fuerza de vuestro poder, y

reinaréis en mí, pues vos sois mi Rey y mi Dios, que sólo con mandarlo habéis salvado tantas veces a Jacob.



Capítulo cuarto

MARÍA, LA MADRE DE DIOS

Y dijo María al Angel: Cómo puede ser esto, si no conozco varón.

Y respondiendo el Angel la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo y por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, porque no hay cosa alguna imposible para Dios.

Y dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y se retiró de ella el Angel (Lc 1,34-38).

* * *

Y dijo María al Angel: ¿Cómo puede ser esto si no conozco varón? Primero, sin duda, María calló como prudente, cuando todavía dudosa pensaba entre sí, que salutación sería ésta, queriendo más por su humildad no responder que temerariamente hablar de lo que no sabía. Pero ya confortada, y habiéndolo premeditado bien, hablándola interiormente Dios (que estaba con ella según lo que dice el Angel: *El Señor es contigo*), expeliendo sin duda la fe al temor, la alegría al empacho, dijo al Angel: *¿Cómo puede ser esto si no conozco varón?*

No duda el hecho, sino que pregunta acerca del modo y del orden, no pregunta si se hará esto, sino cómo se hará. Al modo que si dijera: Sabiendo mi Señor que su esclava tiene hecho voto de virginidad, ¿con qué disposición, con qué orden le agradará que se haga esto? Si Su Majestad ordena otra cosa, si dispensa este voto para tener tal Hijo, me alegro del Hijo que me da, pero me duele la dispensa del voto; sin embargo hágase su voluntad en todo; pero si he de concebir virgen y virgen también he de

alumbrar, lo cual ciertamente no le es imposible, entonces verdaderamente conoceré que miró la humildad de su esclava.

* * *

¿Cómo pues se hará esto Angel del Señor, si no conozco varón? Y respondiendo el Angel la dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo.* Había dicho antes que estaba llena de gracia; pues *¿cómo dice ahora el Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo? ¿Por ventura podría estar* llena de gracia y no tener todavía al Espíritu Santo, siendo El el dador de todas las gracias? Y si el Espíritu Santo estaba en ella, *¿cómo se la vuelve a prometer que vendrá sobre ella nuevamente? Por esto sin duda no se dijo vendrá a ti, sino que vendrá sobre ti,* porque aunque a la verdad primero estuvo con María por su copiosa gracia, ahora se la anuncia, que vendrá sobre ella por la más abundante plenitud de gracia que en ella ha de derramar.

Pero estando ya llena, *¿cómo podría caber en ella algo más? Y si todavía puede caber más en ella, ¿cómo se ha de entender que antes estaba ya llena de gracia? La primera gracia había llenado solamente su alma y la siguiente había de llenar también su seno a fin de que la plenitud de la Divinidad, que ya habitaba en ella antes espiritualmente como en muchos de los Santos comenzase también a habitar corporalmente como en ninguno de los mismos.*

* * *

¿Dice, pues, el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo? ¡Ah! El que lo pueda entender que lo entienda. Porque exceptuada acaso la que sola mereció experimentar en sí esto felicísimamente, ¿quién podrá percibir con el entendimiento y discernir con la razón, de qué modo aquel esplendor inaccesible del Verbo eterno se infundió en las virginales entrañas, y para que pudiese sostener que el inaccesible se acercase a ella, de la partecita del mismo cuerpo, a la cual se unió El mismo, hiciera sombra a todo lo demás?

Y quizá por esto principalmente se dijo: *Te cubrirá con su sombra,* porque sin duda la cosa era un misterio, y lo que la Trinidad sola por sí misma, en sola y con sola la Virgen quiso obrar, sólo se concedió saberlo a quien sólo se concedió experimentarlo. Dígase, pues: *El Espíritu Santo*

vendrá por ti; el cual, con su poder, te hará fecunda: Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; esto es, aquel modo con que del Espíritu Santo concebirás, de tal suerte Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, haciendo sombra, lo encubrirá y ocultará en su secretísimo consejo, que sólo será conocido de El y de ti. Como si el ángel respondiera a la Virgen: ¿Qué me preguntas a mí lo que experimentarás en ti luego? Lo sabrás, lo sabrás, y felicísimamente lo sabrás, siendo tu doctor el mismo que es el autor. Yo he sido enviado a anunciar la concepción virginal, no a criarla. Ni puede ser enseñada sino por quien la da, ni puede ser aprendida sino por quien la recibe. *Y por eso también lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.* Que es decir: porque has de concebir, no del hombre, sino del Espíritu Santo, y has de concebir al que es virtud del Altísimo; *por eso también lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios;* esto es, no sólo el que viniendo del seno del Padre a tu seno te cubrirá con su sombra, sino también lo que de tu substancia unirá a sí, desde aquel punto ya se llamará Hijo de Dios; así como el que es engendrado por el Padre antes de todos los siglos se reputará desde ahora Hijo tuyo. Mas de tal suerte lo que nació del mismo Padre será tuyo y lo que nacerá de ti será suyo, que con todo eso no serán dos hijos, sino uno solo. Y aunque ciertamente una cosa sea de ti y otra cosa sea de El, sin embargo, ya no será de cada uno el suyo, sino que un solo Hijo será de ambos.

* * *

Y por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Atiende, te ruego, con cuánta reverencia dijo el ángel: *Lo santo que nacerá de ti.* ¿Por qué dice *santo* absolutamente y sin añadir otra cosa? Yo creo que porque no tenía con qué nombrar propia y dignamente aquello singular, aquello magnífico, aquello venerable, que de la purísima carne de la Virgen, con su alma, se había de unir al único del Padre. Si dijera carne santa u hombre santo o cualquiera otra semejante cosa, le parecería que decía poco. Dijo, pues *santo* indefinidamente: porque cualquiera cosa que sea lo que la Virgen engendró, santo sin duda, y singularmente santo es, así por la santificación del Espíritu como por la asunción del Verbo.

* * *

Añadió el ángel: *Y sabe que Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su senectud.* ¿Qué necesidad había de anunciar a la Virgen la concepción de esta estéril? ¿Por ventura, por estar dudosa todavía e incrédula al oráculo la quiso confirmar el ángel con este prodigio? Nada de

esto. Leemos que la incredulidad de Zacarías fue castigada por este mismo ángel, pero no leemos que María fuese reprendida en cosa alguna; antes bien, reconocemos su fe alabada, profetizando de ella Isabel: *Bienaventurada eres en haber creído, porque todo lo que te ha sido dicho de parte del Señor será cumplido en ti* (Lc 1,45). Por eso se participa a la Virgen la concepción de la prima estéril, para que, añadiéndose un milagro a otro milagro, se aumente su gozo con otro gozo. Ciertamente era preciso que fuese incendio de amor y de alegría la que había de concebir luego al Hijo del amor paterno en el gozo del Espíritu Santo. Ni podía caber sino en un devotísimo y alegrísimo corazón tanta afluencia de dulzura y de gozo. O por eso la concepción de Isabel se pone en noticia de María, porque era razón que un prodigio que se había de divulgar luego por todas las partes, lo supiera la Virgen por el ángel antes de que lo oyese de los hombres; para que no pareciese que la Madre de Dios estaba apartada de los consejos de su Hijo, si de las cosas que se hacían tan cerca en la tierra permanecía ignorante. O mejor, por eso anuncia a María la concepción de Isabel, para que, siendo instruida, así de la venida del Salvador como de la venida del Precursor, y fijando en la memoria el tiempo y el orden de las cosas, refiera después mejor la verdad a los escritores y predicadores del Evangelio, como quien ha sido informada por noticias que el cielo le ha comunicado de todos los misterios desde el principio. O por esto todavía se anuncia a María la concepción de Isabel, para que, oyendo hablar de una parienta suya anciana y embarazada, piense ella que es joven en obsequiarla; y, dándose prisa a visitarla, se dé de este modo lugar y ocasión al párvulo profeta de ofrecer las primicias de su oficio a su Señor menor que él, y fomentándose mutuamente la devoción de ambas madres, excitada por uno y otro infante, se haga más admirable un milagro con otro milagro.

* * *

Pero mira que estas cosas tan magníficas que escuchas anunciadas por el ángel no las esperes cumplidas por él. Y si preguntas por quién, oye al ángel mismo: *Porque no será imposible para Dios toda palabra*. Como si dijera: Esto que tan firmemente prometo, lo presumo en el poder de quien me envió, no en el mío; *porque no será imposible para Dios toda palabra*. ¿Qué palabra será imposible para aquel Señor que hizo todas las cosas con el poder de su palabra? Llámame la atención en las palabras del ángel, no decir expresamente *-porque no será imposible para Dios todo hecho, sino toda palabra*. ¿Acaso por eso dijo *palabra*, porque tan

fácilmente como pueden hablar los hombres lo que quieren, aun aquello que de ningún modo pueden hacer, tan fácilmente, y aun sin comparación con mayor facilidad, puede Dios cumplir con la obra todo lo que ellos pueden explicar con las palabras? Lo diré más claramente: si fuera tan fácil a los hombres hacer como decir lo que quieren, tampoco para ellos sería imposible toda palabra. Mas porque, como dice el vulgar proverbio, del dicho al hecho hay gran trecho, no respecto a Dios, sino respecto de los hombres, para sólo Dios, en quien es lo mismo hacer que hablar y lo mismo hablar que querer, con razón no será imposible toda la palabra. Por ejemplo, pudieron prever y predecir los profetas que la virgen o la estéril había de concebir y dar a luz; pero ¿pudieron hacer por ventura que concibiese y diera a luz? Mas Dios, que les dio a ellos entonces el poder predecirlo, con la facilidad con que entonces pudo predecirlo por medio de ellos con la misma pudo ahora, cuando quiso, cumplir por sí mismo lo que había prometido. Porque en Dios ni la palabra se diferencia de la intención, porque es Verdad; ni el hecho de la palabra, porque es Poder; ni el modo del hecho, porque es Sabiduría; y por eso no será imposible para Dios toda palabra.

Oíste, ¡oh Virgen!, el hecho; oíste el modo también; lo uno y lo otro es cosa maravillosa, lo uno y lo otro es cosa agradable. Gózate, hija de Sión; alégrate, hija de Jerusalén (Zac 9,9). Y pues a tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oigamos nosotros de tu boca la respuesta de alegría que deseamos para que con ella entre la alegría y el gozo en nuestros huesos afligidos y humillados. Oíste, vuelvo a decir, el hecho, y lo creíste; cree lo que oíste también acerca del modo. Oíste que concebirás y darás a luz un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia, a los cuales tiene condenados a muerte la divina sentencia, de que seremos librados por tus palabras. Ve que se pone entre tus manos el precio de nuestra salud; al punto seremos librados si consientes. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos criados, y con todo eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para no volver a morir. Esto se suplica, ¡Oh piadosa Virgen!, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abraham, esto David con todos los santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los

cautivos, la libertad de los condenados, la salud, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo vuestro linaje. Da, ¡oh Virgen!, aprisa la respuesta.

¡Ah!, Señora, responde aquella palabra que espera la tierra, que espera el infierno, que esperan también los ciudadanos del cielo. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó tu hermosura, tanto desea ahora la respuesta de tu consentimiento; en la cual sin duda se ha propuesto salvar el mundo. A quien agradaste por tu silencio agradarás ahora mucho más por tus palabras, pues El te habla desde el cielo diciendo: *¡Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz!* Si tú le haces oír tu voz, El te hará ver el misterio de nuestra salud. ¿Por ventura, no es esto lo que buscabas, por lo que gemías? ¿Qué haces, pues? ¿Eres tú aquella para quien se guardan estas promesas o esperamos otra? No, no; tu misma eres, no es otra. Tú eres, vuelvo a decir, aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada, de quien tu santo padre Jacob, estando para morir, esperaba, la vida eterna, diciendo: *Tu salud esperaré, Señor* (Gen 4918). En quien y por la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso antes de los siglos obrar la salud en medio de la tierra. ¿Por qué esperarás de otra lo que a ti misma te ofrecen? ¿Por qué aguardarás de otra lo que al punto se hará por ti, como des tu consentimiento y respondas una palabra? Responde, pues, presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por el ángel; responde una palabra y recibe otra palabra; pronuncia la tuya y concibe la divina; articula la transitoria y admite en ti la eterna. ¿Qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Cobra ahora aliento tu humildad y tu vergüenza confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En sólo este negocio no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es agradable la vergüenza en el silencio, pero más necesaria es ahora la piedad en las palabras. Abre. Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. ¡Ay si, deteniéndote en abrirle, pasa adelante, y después vuelves con dolor a buscar al amado de tu alma! Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

* * *

He aquí, dice la Virgen, la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Siempre suele ser familiar a la gracia la virtud de la humildad, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a las humildes. Responde, pues, humildemente, para preparar de este modo convenientemente trono a la divina gracia. *He aquí, dice, la esclava del Señor.* ¿Qué humildad es ésta

tan alta que no se deja vencer de las honras ni se engrandece en la gloria? Es escogida por madre de Dios y se da el nombre de esclava. Por cierto, no es pequeña muestra de su humildad no olvidarse de la humildad en medio de tanta gloria como la ofrecen. No es cosa grande ser humilde en el abatimiento, pero es muy grande y muy rara ser humilde en el honor. Y sin embargo, a vista de esto, yo, hombre miserable y de ningún mérito, si me eleva la Iglesia, engañada de mis disimulos, a algún honor, aunque no sea de los mayores, permitiéndolo Dios así o por mis pecados o por los de mis súbditos, me olvido al momento de quien he sido y me reputo tal en mi interior cual me han reputado los demás hombres que no conocen el corazón. Creo a la fama, no atiendo a la conciencia, y juzgando no la virtud honor, sino el honor virtud, me tengo por más santo cuando me veo más elevado. Verás a muchos en la Iglesia que, hechos nobles de innobles, de pobres ricos, se ensalzan repentinamente y se olvidan de su antigua bajeza; aun se avergüenzan de su mismo linaje y se desdeñan de sus humildes padres. Verás también hombres adinerados volar a cualesquiera honores y luego aplaudirse a sí mismos de santidad, precisamente por haber mudado los vestidos y no el alma y juzgarse merecedores de la dignidad a que llegaron por la ambición, y lo que alcanzaron, si me atrevo a decirlo con el dinero, atribuirlo a su mérito. Y paso en silencio a otros a quienes ciega la pasión y el mismo honor les sirve de materia para su soberbia.

* * *

Veo también a algunos, que después de haber dejado la pompa del siglo, aprenden a ser soberbios en la escuela de la humildad y bajo las alas del manso y humilde Maestro, muestran mayor altivez y se hacen más impacientes en el claustro que hubieran sido en el siglo. Y lo que es todavía mayor desatino, muchos no sufren ser despreciables en la suya, pretendiendo sin duda así que ya no pudieron encontrar lugar en donde los honores eran apetecidos de todos, a lo menos parecer dignos de ellos en donde por todos se menosprecian.

Veo finalmente a otros, después de haber comenzado el camino de Cristo, volverse otra vez a los cuidados pasajeros, sumergirse otra vez en los deseos de la tierra, levantar con grande cuidado muros y descuidar de las costumbres, vender con pretexto de utilidad sus adulaciones a los ricos y visitar las mujeres poderosas. Y aun, contra lo mandado por el Emperador del Cielo, codiciar lo ajeno y querer reintegrarse de lo que les parece suyo con litigios injustos.

Oigamos, pues, todos los que hallamos algo de esto en nosotros, lo que responde aquella Señora que era escogida para Madre de Dios, pero que no se olvidaba de su humildad. *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra.* La palabra *hágase* significa el deseo que la Virgen tenía de este misterio y no duda alguna sobre el cumplimiento de lo prometido. Pero, nada impide que digamos también, que es palabra de oración en que pide lo que la prometen, pues nadie pide orando, sino lo que cree y espera. Dios quiere que le pidan aun aquello que promete. Y por eso acaso, muchas cosas que dispuso dar las promete primero, para que se excite la devoción por la promesa, y así lo mismo que había de dar graciosamente, sea merecido por la oración. De esta manera el piadoso Señor que quiere que todos los hombres sean salvados, saca de nosotros para nosotros mismos los méritos y anticipándose a darnos aquello con que nos recompensa graciosamente, hace que no sea graciosamente.

Esto sin duda entendió la Virgen prudente cuando al anticipado don de la gratuita promesa, juntó el mérito de su oración diciendo. *Hágase en mí según tu Palabra.* Hágase en mí acerca del Verbo según tu palabra; el Verbo que en el principio estaba en Dios, hágase carne de mi carne según tu palabra. Hágase en mí, la Palabra, no pronunciada que pase, sino concebida que permanezca, vestida ciertamente no de aire sino de carne. Hágase en mí no sólo perceptible al oído sino también visible a los ojos, palpable a las manos, fácil de llevar en mis hombros. No se haga en mí la palabra escrita y muda, sino encarnada y viva, esto es, no escrita en mudos caracteres, en pieles muertas, sino impresa vitalmente en la forma humana, en mi casto seno y esto no con el rasgo de una pluma, sino por obra del Espíritu Santo. Para decirlo de una vez, hágase para mí de aquel modo con que para ninguno se ha hecho hasta ahora antes de mí y para ninguno después de mí se ha de hacer.

De muchos y varios modos habló Dios en otro tiempo por sus Profetas a nuestros Padres y también se hace mención en las Escrituras, de que la palabra de Dios se hizo para unos en el oído, para otros en la boca, para otros aun en la mano, pero yo pido que para mí se haga en mi seno según tu palabra. No quiero que se haga para mí o predicada retóricamente o significada figuradamente o soñada imaginariamente, sino inspirada silenciosamente, encarnada personalmente, entrañada corporalmente. El Verbo, pues, que ni podía hacerse en sí mismo, ni lo necesitaba, dígnese en mí, dígnese también ser hecho para mí. Hágase desde luego generalmente

para todo el mundo, pero hágase para mí con especialidad y según tu palabra.



Capítulo quinto

MARÍA LA MEDIANERA UNIVERSAL

Cuando el Cielo goza contemplando la Virgen fecunda, la tierra se alegra venerándola devotamente.

* * *

Allí se halla la posesión de todo bien, aquí el recuerdo, allí la saciedad, aquí una tenue prueba de las primicias, allí la realidad, aquí el nombre. *Señor*, dice el Salmista, *vuestro nombre permanece para siempre, vuestra memoria pasará de generación en generación* (Sal 101,13). Y a la verdad esta generación y generación, no es de Angeles, sino de hombres.

¿Queréis saber cómo su nombre y su memoria está en nosotros y su presencia en las alturas? Oíd al Salvador cuando dice: *Habéis de orar así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre* (Mt 6,9). Fiel oración, cuyos principios nos avisan de la divina adopción y de la terrena peregrinación, a fin de que, sabiendo que mientras no estamos en el cielo vivimos alejados del Señor y fuera de nuestra patria, gimamos dentro de nosotros mismos aguardando la adopción de hijos, o sea, la presencia del Padre. Por tanto, expresamente habla de Cristo el profeta cuando dice: *Cual espíritu que anda delante de nosotros es Cristo nuestro Señor; bajo de su sombra viviremos entre las gentes* (Lam 4,20), porque entre las celestiales bienaventuranzas no se vive en la sombra, sino más bien en el esplendor. *En los esplendores de los santos —dice— de mi seno te engendré antes de lucero* (Sal 109,3). Pero esto, sin duda, el Padre.

* * *

Mas la madre no le engendró al mismo en el esplendor, sino en la sombra; pero no en otra sombra que con la que el Altísimo la cubrió. Justamente por eso canta la Iglesia, no aquella Iglesia de los santos, que

está en las alturas y en el esplendor, sino la que peregrina todavía en la tierra: *A la sombra de aquel que había deseado me senté, y su fruto es dulce al paladar mío* (Cant 2,3). Había pedido que se le mostrase la luz del mediodía, en donde el Esposo apacienta su rebaño, pero fue contrariada en su deseo, y en lugar de la plenitud de la luz recibió la sombra, en lugar de la saciedad, el gusto. Finalmente, no dice: *A la sombra de aquel a quien yo había deseado me senté*, pues no había deseado la sombra, sino el resplandor del mediodía, la luz llena de quien es luz llena. *Y su fruto —añade— dulce a mi paladar*. ¿Hasta cuándo me has de negar tu compasión, sin permitirme el respirar y tragar siquiera mi saliva? (Job 7,9) ¿Cuándo llegará el día en que se cumpla esta sentencia: *Gustad y ved cuán suave es el Señor?* (Sal 33,9). Sin duda es suave al gusto y dulce al paladar, por lo cual, se comprende perfectamente que, en vista de ello, prorrumpiera la esposa en voces de acción de gracias y de alabanza.

* * *

Pero ¿cuándo se dirá: *Comed, amigos, y bebed y embriagaros, amadísimos?* (Cant 5,1) *Los justos —dice el profeta— coman en convite, pero delante de Dios* (Sal 67,3), no en la sombra. Y de sí mismo dice: *Seré saciado cuando aparezca tu gloria*. También el Señor dice a los apóstoles: *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones y yo dispongo para vosotros, así como mi Padre le dispuso para mí el reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa* (Lc 22,28-30). ¿En dónde? *En mi reino*, dice. Dichoso aquel que coma el pan en el reino de Dios. Sea, pues, tu nombre santificado, por el cual de algún modo ahora estás, Señor, en nosotros, habitando por la fe en nuestros corazones, puesto que ya ha sido invocado sobre nosotros tu nombre. Vénganos tu reino. Venga, ciertamente, lo que es perfecto y sea acabado lo que es en parte. *Tenéis —dice el Apóstol— por fruto de vuestras obras la santificación, pero será su fin la vida eterna* (Rom 6,22). La vida eterna es fuente indeficiente que riega toda la superficie del paraíso. No sólo la riega, sino que la embriaga, como fuente de los huertos, pozo de aguas vivas que corren con ímpetu desde el Líbano, y el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal 45,5). Pero ¿quién es la fuente de la vida, sino Cristo Señor? *Cuando aparezca Cristo, que es nuestra vida, entonces también apareceréis vosotros con El en la gloria* (Col 3,4). En verdad, la misma plenitud se anonadó a sí misma para hacerse para nosotros justicia, santificación y remisión, no apareciendo todavía vida o gloria o bienaventuranza. Corrió la fuente hasta nosotros y se difundieron las aguas en las plazas, aunque no beba el ajeno de ellas.

Descendió por un acuerdo aquella vena celestial, no ofreciendo, con todo ello, la copia de una fuente, sino infundiendo en nuestros áridos corazones las gotas de la gracia, a unos ciertamente, más, a otros, menos. El acueducto, sin duda, lleno está para que los demás reciban de la plenitud, pero no la misma plenitud.

* * *

Ya habéis advertido, si no me engaño, quién quiero decir que es este acueducto que, recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos la franqueó a nosotros, sino del modo que es en sí misma, a lo menos según podíamos nosotros participar de ella. Sabéis, pues, a quién se dijo: *Dios te salve, llena de gracia*. Mas ¿acaso admiraremos que se pudiese encontrar de que se formase tal y tan grande acueducto, cuya cumbre, al modo de aquella escala que vio el patriarca Jacob, tocase en los cielos, más bien, sobrepasase también los cielos y pudiese llegar a aquella vivísima fuente de las aguas que están sobre los cielos? Se admiraba también Salomón y, al modo del que desespera, decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* (Prov 31,10). En verdad, por eso faltaron durante tanto tiempo al género humano las corrientes de la gracia, porque todavía no estaba interpuesto este deseable *acueducto* de que hablamos ahora. Ni nos admiraremos de que fuese aguardado largo tiempo, si recordamos cuántos años trabajó Noé, varón justo, en la fábrica del arca, en la cual sólo unas pocas almas, esto es, ocho, se salvaron, y esto para un tiempo bastante corto.

Pero ¿cómo llegó este nuestro *acueducto* a aquella fuente tan sublime? ¿Cómo? Con la vehemencia del deseo, con el fervor de la devoción y con la pureza de la oración, según está escrito: *La oración del justo penetra los cielos*. En verdad, ¿quién será justo, si no lo es María, de quien nació para nosotros el Sol de justicia? ¿Y cómo hubiera podido llegar hasta tocar aquella majestad inaccesible, sino llamando, pidiendo y buscando? Sí, halló lo que buscaba aquella a quien se dijo: *Has hallado gracia a los ojos de Dios*. ¿Qué? ¿Está llena de gracia y todavía halla más gracia? Digna es, por cierto, de hallar lo que busca, pues no la satisface la propia plenitud, ni está contenta aún con el bien que posee, sino que, así como está escrito: *El que de mí bebe, tendrá sed todavía* (Eccli 24,29), pide el poder rebosar para la salvación del universo. *El Espíritu Santo* —le dice el ángel— *descenderá sobre ti*, y en tanta copia, en tanta plenitud infundirá en ti aquel bálsamo precioso, que se derramará copiosamente por todas partes.

Y no se crea que esto resulte en vano, pues aunque este bálsamo se derrama, no por eso parece, ya que él es la causa por la cual las doncellitas, esto es, las almas sencillas y candorosas aman al divino Esposo y le aman tan ardientemente, que este amor les unge, consagra y perfuma todas sus obras, aun las más insignificantes.

* * *

Considera atentamente, oh hombre, los consejos de Dios, reconoce los designios de su sabiduría, los designios de su bondad. Antes de derramar sobre toda la tierra el rocío celestial, humedeció con él todo el vellocino: antes de redimir todo el linaje humano depositó todo el precio en María. ¿Y con qué fin hizo esto? Quizá para que Eva pudiera justificarse por medio de su Hija y cesara ya la queja del hombre contra la mujer. Oh, Adán, no digas ya en adelante: *la mujer que me disteis por compañera, me dio del fruto de aquel árbol y lo comí* (Gen 3,12) —di más bien. *La mujer que me disteis me ha alimentado con un fruto bendito.* Consejo piadosísimo fue éste sin duda, pero en el fondo de este consejo se nos oculta otro más íntimo y secreto.

El que hemos indicado no carece de sólido fundamento, pero a mi parecer no satisface plenamente nuestras aspiraciones. Tal vez si ahondamos más en este misterio, sacaremos de él más sabroso y nutritivo néctar de consuelos celestiales. Tomemos el agua de más arriba y contemplemos con cuanto afecto de devoción quiso aquel Señor fuese María honrada por nosotros, que depositó en ella la plenitud de todos los bienes, a fin de que entendiéramos que cuanto hay en nosotros de esperanza, de gracia y de salud, nos viene por mediación de aquella que rebosa en delicias.

Es Huerto de delicias ciertamente aquella a quien aquel Astro divino no sólo acarició de paso, sino que la agitó dulcemente con sus soberanos soplos sobreviniendo en ella, para que por todas partes fluyeran y se difundieran sus aromas, esto es, los carismas de las gracias. Quita este cuerpo solar que ilumina al mundo. ¿Cómo podrá haber día? Quitad a María, estrella del mar, de ese mar vasto y proceloso, ¿qué quedará, sino oscuridad que todo lo ofusque, sombras de muerte y densísimas tinieblas?

* * *

Con todo lo más íntimo, pues de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra

voluntad veneramos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso *que todo lo recibiéramos por María*. Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro.

Puesto que mirando en todo y por todo al bien de los miserables, consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad.

Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con solo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas: El te dio a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de tal Padre? Será oído sin duda por su reverencia, pues el Padre ama al Hijo.

Pero recelas acaso llegarte también a El. Hermano tuyo es, es tu carne, fue tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Es Hermano que te dio María. Por ventura miras también en él con temblor su majestad divina que, aunque se hizo hombre con todo permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con El? Pues recurre a María. Porque la humanidad se halla pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza; no me cabe la menor duda, será oída también por su reverencia. Oirá sin duda el hijo a la Madre y oirá el Padre al Hijo.

¡Oh fieles amados, esta es la escala de los pecadores, esta es mi mayor confianza, esta es toda la razón de mi esperanza! ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler o padecer desprecio? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no: mil veces no. *Hallaste* dice el Angel, *gracia delante de Dios*. Dichosamente. Siempre ella encontrará la gracia y sola la gracia es lo que necesitamos. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón, ni riquezas, ni honores, ni poder, sino gracia. Y a la verdad es sólo la gracia por la que nos salvamos.

¿Para qué deseamos nosotros otras cosas? Busquemos la gracia y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca y no puede verse frustrada. Busquemos la gracia, pero la gracia en Dios, pues en los hombres la gracia es falaz. Busquen otros el mérito, nosotros procuraremos cuidadosamente la gracia.

¿Pues qué? ¿Por ventura no es gracia el estar en la Iglesia? Verdaderamente misericordia es del Señor que no hayamos sido consumidos. ¿Quiénes somos nosotros? Tal vez unos perjuros, tal vez unos adúlteros, tal vez unos homicidas, tal vez unos ladrones, la basura del mundo. Consultad vuestras conciencias y ved que en donde abundó el delito sobreabundó también la gracia. María no alega el mérito, sino que

busca la gracia. Y en tanto grado confía en la gracia y no presume de sí altamente, que recela de la misma salutación del ángel. *María*, dice, *pensaba qué salutación sería ésta*. Sin duda se reputaba indigna de la salutación del Ángel. Y acaso meditaba dentro de sí misma: ¿De dónde a mí esto, que el Ángel de mi Señor venga a mí? No temas, María no te admires de que venga el Ángel, que después de él viene otro mayor que él. No te admires del Ángel del Señor, el Señor del Ángel está contigo.

¿Qué mucho que veas a un Ángel, viviendo ya tu angélicamente? ¿Qué mucho visite el Ángel a una compañera de su vida? ¿Qué mucho que salude a la ciudadana de los Santos y familiar del Señor? Angélica vida es ciertamente la virginidad, pues los que no se casan, ni son casados, serán como los Angeles de Dios en el Cielo.

¿No veis como también de este modo nuestro *Acueducto* sube a la fuente y no con sola la oración penetra los Cielos, sino también con la incorrupción o perfecta pureza de vida, la cual nos une con Dios, como dice la Escritura? Era la Virgen santa en el cuerpo y en el espíritu y podía decir con especialidad: *nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo* (Flp 3,20). Santa era, en el cuerpo y en el espíritu para que en nada dudes acerca de este *Acueducto*. Sublime es en gran manera, pero no menos permanece enterísimo. Es Huerto cerrado, fuente sellada templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo. No era virgen fatua, ya que tenía no sólo su lámpara llena de aceite, sino que guardaba en su vasija la plenitud de él. En su corazón había dispuesto por medio de la oración asidua, y la vida perfecta, los caminos para subir hasta el lugar santo. Y subió a las montañas de Judea con prisa y saludó a Isabel con humildad y permaneció como tres meses en su compañía, de manera de ya entonces podía decir la Madre de Dios a la madre de Juan lo que mucho tiempo después dijo el Hijo de Dios al hijo de Isabel: *Déjame hacer que es así como conviene que cumplamos toda injusticia* (Mt 3,15). Sí, puede afirmarse con toda verdad que al subir María a las montañas de Judea con tanta humildad, se elevó más que los más altos montes de Dios, lo cual constituye el tercer camino, el tercer ascenso de la Virgen, a fin de que se cumpliera en ella aquello, de que con dificultad se rompe la cuerda tres veces doblada. Hervía, pues, en la caridad al buscar la gracia, resplandecía la virginidad en el cuerpo y sobresalía la humildad en el obsequio.

Pues si todo aquel que se humilla será ensalzado, ¿qué cosa más sublime que esta humildad? Se admiraba Isabel de su venida y decía: *¿De dónole a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí* (Lc 1,43). Pero mucho más debiera haberse admirado de que María se anticipara a lo que más

tarde debía decir su Hijo: No vine a ser servido, sino a servir. Con razón, por tanto, aquel cantor divino, llevado de su admiración profética decía de ella: *¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en plan de batalla?* (Can 6,9). Sube ciertamente sobre el linaje humano, sube hasta los Angeles, a estos los sobrepuja también y se eleva sobre toda criatura celestial, de modo que sobre estos espíritus es forzoso vaya a recibir aquella agua viva que ha de difundir sobre los hombres.

* **

¿Cómo se hará esto, dice, sino conozco varón? ¡Qué santa es en el cuerpo y en el espíritu María, teniendo no sólo la integridad de la virginidad, sino el propósito firme de conservarla incólume! Y respondiendo el Angel le dijo: El Espíritu Santo sobrevendrá en ti y te hará sombra la virtud del Altísimo.

Como si dijera, no me preguntes a mí esto, porque es cosa superior a mi comprensión, y no podría declarártelo. El Espíritu Santo, no el espíritu angélico, sobrevendrá en ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, no yo.

No te pares ni siquiera entre los Angeles, Virgen santa, mucho más arriba está lo que la tierra sedienta espera que se le dé a beber por ministerio tuyo. Un poco que les pases a ellos, hallarás a quien ama a tu alma. Un poco digo, no porque tu Amado no sea incomparablemente superior a ellos, sino porque nada encontrarás que medie entre El y ellos. Pasa las Virtudes y las Dominaciones, los Querubines y los Serafines, hasta que llegues a Aquel de quien alternativamente están clamando: *Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Ejércitos. Pues el fruto santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios* (Is 6,3). Es fuente de la sabiduría el Verbo del Padre en las alturas. Pero este Verbo por medio de ti se hará carne, para que Aquel que dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí* (Jn 14,10), diga igualmente: *Yo procedí de Dios y he venido a ti.*

En el principio era el Verbo. He aquí la fuente. Y añade luego el Evangelista: *Y el Verbo estaba en Dios,* y decía el Señor: *Yo medito pensamientos de paz y no de aflicción* (Jer 19,11). Sí, en vos Señor está vuestro pensamiento y lo que pensáis, nosotros lo ignoramos. Porque ¿quién pudo jamás conocer los designios del Señor o quién fue jamás su consejero? Descendió el pensamiento de la paz a la obra de la paz; *Y el Verbo se hizo carne, y habita ya entre nosotros.* Habita por la fe en nuestros corazones, habita en nuestra memoria, habita en nuestro

pensamiento, y desciende hasta la misma imaginación. Porque, ¿qué idea se formaría antes el hombre de Dios? ¿No se lo representaba en su corazón bajo la forma de un ídolo?

Incomprensible era, e inaccesible, invisible y superior a toda humana inteligencia. Mas ahora quiso ser comprendido, quiso ser visto, quiso que pudiésemos pensar en El. ¿Y de qué modo?

Echado en el pesebre, reposando en el regazo virginal, predicando en el monte, pernoctando en la oración, o bien pendiente de la cruz, palideciendo en la muerte, libre entre los muertos y mandando en el infierno, o también resucitando al tercer día, mostrando las hendiduras de los clavos, las insignias de su victoria, subiendo a lo más alto de los cielos.

¿Qué cosa de estas no se pensará verdadera, piadosa y santamente? En cualquiera de estas cosas que yo piense, pienso en mi Dios, y en todas estas cosas El es mi Dios. El meditar estos misterios lo llamé sabiduría, y juzgué prudencia el refrescar la memoria con la suavidad de éstos dulces frutos, que produjo copiosamente la vara sacerdotal, que María fue a coger en las alturas, para difundirlos en nosotros con la mayor abundancia. La recibió en las alturas y sobre los Angeles, puesto que recibió al Verbo del mismo corazón del Padre según está escrito: *El día anuncia a! día la palabra* (Sal 18,2). Y por esta palabra *día* debe entenderse el Padre, puesto que *día del día* significa la salvación que nos viene de Dios.

Y dime ahora ¿acaso no es también día, la Virgen? Sí, y esclarecido. Resplandeciente día es sin duda, la que se elevó cual aurora naciente, hermosa como la luna, escogida como el sol.

Contéplala como se elevó hasta los Angeles, por la plenitud de la gracia y por encima de los Angeles al descender sobre ella el Espíritu Santo. Hay en los

Angeles caridad, hay pureza, hay humildad. ¿Cuál de estas cosas no resplandeció en María? ¿A cuál de los Angeles se dijo jamás: *El Espíritu Santo descenderá sobre tí y te hará sombra la virtud del Altísimo, y por eso el fruto santo que nacerá de Ti, se llamará Hijo de Dios?* La verdad nació de la tierra, no de la criatura angélica, que no tomó la naturaleza de los Angeles para salvarnos, sino que tomó la semilla de Abraham para redimir a sus hijos.

Cosa excelsa es para el Angel el ser ministro del Señor, pero otra cosa más sublime mereció María, que fue, la de ser madre del mismo Señor. Así la fecundidad de la Virgen es una gloria eminentísima, y por este privilegio único, fue sublimada sobre todos los Angeles; tanto más. cuanto supera el

nombre de Madre de Dios al de simples ministros suyos. A ella la encontró la gracia llena de la misma, para que fervorosa en la caridad, íntegra en la virginidad, devota en la humildad, concibiese sin conocer varón y diera a luz sin dolor y sin menoscabo de su virginidad. Más aún, el fruto que nació de ella se llama Santo y es el Hijo de Dios.

* * *

Debemos, pues, hermanos, procurar con el mayor cuidado que aquella palabra que salió de la boca del Padre para nosotros por medio de la Virgen, no se vuelva vacía, sino que por mediación de Nuestra Señora volvamos gracia por gracia. Mientras suspiramos por llegar a su presencia fomentemos con toda nuestra atención su memoria y así, de esta manera sean restituidas a su origen las corrientes de la gracia, para que fluyan después más copiosamente. De lo contrario, sino vuelven a la fuente, se secarán y siendo infieles en lo poco, no mereceremos recibir lo que es mucho.

Poco es ciertamente la memoria en comparación de la presencia, poco en comparación de lo que deseamos, pero grande cosa es respecto de lo que merecemos: inferior es respecto del deseo, pero es inmensamente superior al mérito. Así la Esposa sabiamente se congratula a sí misma en gran manera, aun por esto poco; puesto que, habiendo dicho: *Muéstrame amado de mi alma donde tienes los pastos, donde reposas al llegar al medio día* (Cant 1,6), aunque recibió muy poco en comparación de lo que había pedido (pues en vez del pasto del mediodía sólo gustó el sacrificio de la tarde), sin embargo de ningún modo se lamenta de ello como suele suceder, ni se contrista; sino que da gracias al amado y en todo se muestra más devota. Sabe muy bien que si fuere fiel morando en la sombra de la memoria, obtendrá sin duda la luz de la presencia. Así los que hacéis memoria del Señor, no guardéis silencio, no permanezcáis mudos, aunque, los que tienen presente al Señor, no necesitan de exhortación y aquellas palabras del Profeta *Alaba Jerusalén al Señor, alaba a tu Dios, Sión*, más bien son de congratulación que de amonestación, sin embargo, los que caminan aún en la fe, necesitan de avisos para que no callen y no respondan al Señor con el silencio; porque El hace oír su voz y habla palabras de paz para su pueblo y para sus Santos y para todos aquellos que se vuelven a El de corazón.

Por esto se dice en el Salmo: *Tú, Señor, con el santo te ostentas santo y con el varón inocente, inocente* (Sal 17,26), como si dijera, Dios oye al que a El escucha y habla al que le habla. Si tu guardas silencio, le obligas a

El a que lo guarde también. ¿Y a qué silencio me refiero? Al que se abstiene de cantar las alabanzas del Señor.

De ahí que diga el Profeta Isaías: *No estéis en silencio delante de El, rogadle hasta tanto que restablezca a Jerusalén y la ponga por objeto de alabanza en la tierra* (Is 62,7). Pues las alabanzas de Jerusalén son alabanzas tan bellas como agradables, a no ser que acaso juzguemos que los ciudadanos de Jerusalén se envanecen con sus alabanzas mutuas y se engañan recíprocamente con vanos cumplimientos y lisonjas.

* * *

Sí hágase tu voluntad, oh Padre, así en la tierra como en el cielo, para que las alabanzas que resuenan en Jerusalén resuenen también en la tierra. Pero ¿qué sucede? El Ángel no busca gloria de otro ángel en Jerusalén, mas el hombre desea ser alabado del hombre en la tierra. ¡Execrable perversidad!, pero sólo propia de aquellos que tienen ignorancia de Dios, que viven olvidados del Señor su Dios, en cuanto a vosotros que os acordáis del Señor, no ceséis de publicar sus alabanzas, hasta que resuenen cumplidamente en toda la tierra.

Hay sin embargo un silencio irrepreensible, más aún, loable, como también hay palabras que no son buenas. De otra suerte diría el Profeta que era bueno aguardar en silencio la salud que viene de Dios. Es bueno que la jactancia guarde silencio, bueno es que la blasfemia se calle, bueno es que enmudezca la murmuración y la detracción.

Acontece a veces que alguno exasperado por la magnitud del trabajo y peso del día, murmura en su corazón y juzga temerariamente a los que velan por su alma, porque tienen que dar cuenta de ella. Esta murmuración equivale a un grito clamoroso que procede de un corazón endurecido y que le impide oír la voz de Dios. Otros, por la pusilanimidad de su espíritu, desmayan en la esperanza y ésta viene a ser como una horrible blasfemia. Otros, en fin, aspiran a cosas grandes y muy superiores a su capacidad, diciendo: nuestra mano es robusta creyéndose algo, cuando en realidad son nada absoluta. ¿Qué le hablará a éste aquel Señor que no habla sino de paz?

Ese tal, dice, rico soy y de nadie necesito, mientras que el que es la verdad clama: *¡Ay de vosotros ricos! porque ya tenéis aquí vuestra consolación* (Lc 6,24). Y en otra parte añade: *bienaventurados los que lloran porque serán, consolados* (Mt 5,5).

Calle, pues, en nosotros la lengua maldiciente, la lengua blasfema, la lengua orgullosa y altanera, porque es bueno aguardar en este triplicado silencio la salud que viene de Dios, a fin de que así podamos decir: *Hablad Señor que vuestro siervo escucha* (Reyes 3m10). Semejantes voces no se dirigen a El sino contra El, según aquello que decía Moisés a los murmuradores: *No es contra mí vuestra murmuración, sino contra el Señor* (Ex 16,8).

* * *

Mas de tal suerte has de callar en estas tres cosas, que no enmudezcas del todo, guardando con Dios absoluto silencio. Háblale contra la jactancia por la confesión, para que alcances perdón de lo pasado. Háblale contra la murmuración con la acción de gracias para que te conceda más abundante gracia en la vida presente. Háblale contra la desconfianza en la oración, para que consigas la gloria en lo futuro. Confiesa lo pasado, da gracias por lo presente y en adelante ora con más cuidado por lo futuro, a fin de que el Señor a su vez no calle en la remisión ni en la donación de sus gracias, ni en sus promesas. No calles, repito, no guardes silencio en su presencia. Háblale para que también El te hable y pueda decirte: *Mi amado es para mí y yo para él* (Cant 2,16). Mira qué agradables son estas voces, qué dulces estas palabras. Sin duda no son estas palabras de murmuración, a menos que queramos llamarlas de murmuración de la tórtola.

Y no me digas ¿cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en tierra extraña? (Sal 136,4), porque no debe tenerse por tierra extraña aquella de la cual dice el Esposo: La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra.

Había, pues, oído el que decía: *Cogednos las zorras pequeñas*, y por eso acaso prorrumpió en voces de gozo, diciendo: *Mi amado es para mí y yo para El*.

Sin duda es la voz de la tórtola la que con una castidad singular persevera fiel a su consorte, así vivo como muerto, a fin de que ni la muerte ni la vida la separe de la caridad de Cristo.

Mira si hubo algo que pudiese apartar al amado de la amada, cuando ves que persevera adherido a ella aun pecando, estando ella apartada de El. Revueltas entre sí las nubes porfiaban en ofuscar los rayos del sol de justicia, y nuestras iniquidades ahondaban más y más el abismo que nos separaba de Dios, cuando de pronto el sol desplegó sus rayos, disipó las nubes e iluminó el abismo. Porque dime, ¿cómo hubieras podido volverte a El si El no hubiera permanecido a tu lado y hubiera continuado

clamando: *Vuélvete, vuélvete, Sulamite, vuélvete para que te veamos bien* (Can 6,12). Permanece, pues, tú también constantemente adherido a El de modo que por ningunos castigos, por ningunos trabajos, te apartes de tu Señor.

Lucha con el Angel como Jacob para que no seas vencido porque *el Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza y sólo los valerosos lo arrebatan* (Mt 11,12).

* * *

¿Por ventura no indican lucha aquellas palabras, *mi amado es para mí y yo para él*. Te dio El muestras de su amor, pues procura experimente también el tuyo? En muchas cosas te prueba el Señor tu Dios, se desvía muchas veces, aparta de ti su rostro, pero no llevado de ira. Lo hace para probarte, no para reprobarte. El amado te sufrió, sufre tú al amado, sostén al Señor y obra varonilmente. No le vencieron a El tus pecados, pues procura que tampoco a ti te superen sus castigos y alcanzarás la bendición. ¿Pero cuándo la alcanzarás? Al nacimiento de la aurora, cuando ya aparezca el día, cuando hubiere establecido las alabanzas de Jerusalén en la tierra. He aquí dice Moisés, *que un varón, o sea, un ángel luchaba con Jacob hasta la mañana* (Gen 32,24).

Pues señor, haced que sea oída por mí vuestra misericordia porque en Vos he esperado. No callaré, perseveraré en la oración hasta la mañana, y no quedaré en ayunas. Vos, Señor, os dignáis alimentarme y no sólo esto sino que me alimentareis entre las azucenas. *Mi amado es para mí y yo para él; el cual se apacienta entre las azucenas* (Cant 2,16). Sí, entre las azucenas, pero no comiendo azucenas; se indica el lugar, pero, no la comida. No se alimenta de azucenas comiéndolas, sino sólo viéndose rodeado de ellas, le agradan más bien por el olor que por el sabor y se alimenta de ellas más bien con la vista que con el paladar.

Así, pues, se apacienta entre las azucenas hasta que decline el día, y a la belleza de las flores se siga la abundancia de los frutos. Porque ahora es tiempo de flores, no de frutos, puesto que tenemos aquí solo la esperanza y no lo que esperamos; caminando por la fe, no por la vista clara, nos congratulamos más con la expectación que con la experiencia. Considerad la suma delicadeza de esta flor y acordaos de aquellas palabras del Apóstol: *Llevamos este tesoro en vasos de barro* (Cor 4,7). ¡Cuántos peligros amenazan a las flores!

¡Cuán fácilmente con los agujones de las espinas es traspasada la azucena! Con razón, pues, canta el amado: *Como azucena entre espinas así es mi Amiga entre las Vírgenes* (Cant 2,2). ¿Acaso no era azucena entre espinas el que decía: *Con los que aborrecían la paz, era yo pacífico?* (Sal 119,7).

Sin embargo aunque el justo florece como la azucena, no se alimenta el Esposo de azucenas ni se complace en la singularidad. Escuchad como habla el que mora en medio de las azucenas; *Donde dos o tres se hallan congregados en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20). Ama siempre Jesús lo que está en medio; los lugares apartados y solitarios siempre los ha reprobado El que es Mediador entre Dios y los hombres. *Mi amado es para mí yo para él, el cual se apacienta entre azucenas.*

Procuremos, pues, cristianos, cultivar azucenas, démonos prisa a arrancar de raíz las espinas y los abrojos, y plantemos en su lugar estas flores, por si alguna vez acaso se digna el amado descender a apacentarse entre ellas.

* * *

En María sí que se apacentaba, puesto que en ella hallaba grandísima abundancia de azucenas. ¿No son acaso azucenas el decoro de la virginidad, las insignias de la humildad, la supereminencia de la caridad? También nosotros podemos tener estas flores, aunque menos hermosas y olorosas, y entre ellas no se desdeñará apacentarse el esposo, con tal de que, a aquellas acciones de gracias que hemos hablado antes, les dé lustre la alegría de la devoción; a la oración le dé candor la pureza de intención; y a la confesión le dé blancura la misericordia, como está escrito: *Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve y aunque fueren rojos como el carmesí se volverán del color de la lana más blanca* (Is 1,18).

Pero sea lo que fuere aquello que dispones ofrecer, acuérdate de encomendarlo a María, para que vuelva la gracia al Dador de la misma, por el mismo cauce por donde corrió. No le faltaba a Dios ciertamente, poder para infundimos la gracia sin valerse de este *Acueducto*, si El hubiera querido, pero quiso proveerte de ella por este conducto. Acaso tus manos están aun llenas de sangre, o manchadas con dádivas sobornadoras, porque todavía no las tienes lavadas de toda mancha. Por eso aquello poco que deseas ofrecer, procura depositarlo en aquellas manos de María, preciosísimas y dignísimas de todo aprecio, a fin de que sea ofrecido al

Señor y no sea desechado. Sin duda candidísimas azucenas son y no se quejará aquel amante de las mismas de no haber encontrado entre azucenas todo lo que El hallare en las manos de María.



Capítulo sexto

MARÍA CORONADA DE ESTRELLAS

Y un gran prodigio apareció en el Cielo; una mujer vestida del sol y con la luna debajo sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas (Ap 12,1).

Grandísimo fue el daño que nos causaron aquel varón y aquella mujer primitivos, pero gracias a Dios, también igualmente por un varón y por una mujer se restaura todo y no sin grande aumento de gracias. No fue el don como había sido el delito, sino que la grandeza del beneficio excede extraordinariamente al daño causado. Así el prudentísimo y clementísimo Artífice no quebrantó el vaso que estaba hendido, sino que lo rehizo tan sabia y perfectamente, que del viejo Adán formó el nuevo y transfundió a Eva en María. Y ciertamente podía bastar Cristo, pues aun ahora toda nuestra suficiencia es de El. Pero no era bueno para nosotros que estuviese el hombre solo. Mucho más conveniente era que asistiese a nuestra reparación uno y otro sexo, no habiendo faltado para nuestra corrupción ni el uno ni el otro. Fiel y poderoso mediador de Dios y de los hombres es el hombre Cristo Jesús, pero respetan en él los hombres una divina majestad. Parece estar la humanidad absorbida en la divinidad, no porque se haya mudado la substancia, sino porque sus afectos están divinizados. No se canta de El sola la misericordia, sino que también se le canta igualmente la justicia, porque aunque aprendió, por lo que padeció, la compasión, y vino a ser misericordia, con todo eso tiene la potestad de juez al mismo tiempo. En fin, nuestro Dios es un fuego que consume. ¿Qué mucho tema el pecador llegarse a El, no sea que, al modo que se derrite la cera a la presencia del fuego, así perezca él a la presencia de Dios?

* * *

Así, pues, ya no parecerá estar de más la mujer bendita entre todas las mujeres, pues se ve claramente el papel que desempeña en la obra de nuestra reconciliación, porque necesitamos un mediador cerca de este Mediador y nadie puede desempeñar tan provechosamente este oficio como María. ¡Mediadora demasiado cruel fue Eva, por quien la serpiente antigua infundió en el varón mismo el pestífero veneno! ¡Pero fiel es María, que propinó el antídoto de la salud a los varones y a las mujeres! Aquélla fue instrumento de la seducción, ésta de la propiciación; aquélla sugirió la prevaricación, ésta introdujo la redención. ¿Qué recela llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en ella austero, nada terrible; todo es suave, ofreciendo a todos leche y lana. Revuelve con cuidado toda la serie de la evangélica historia, y si acaso algo de dureza o de reprensión desabrida, si aun la señal de alguna indignación, aunque leve, se encuentre en María, tenia en adelante por sospechosa y recela al llegarte a ella. Pero si más bien (como es así en la verdad) encuentras las cosas que pertenecen a ella llenas de piedad y de misericordia, llenas de mansedumbre y de gracia, da las gracias a aquel Señor que con una benignísima misericordia proveyó para ti tal mediadora que nada puede haber en ella que infunda temor. Ella se hizo toda para todos; a los sabios y a los ignorantes, con una copiosísima caridad, se hizo deudora. A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el afligido, el pecador perdón, el justo gracia, el ángel alegría; en fin, toda la Trinidad gloria, y la misma persona del Hijo recibe de ella la substancia de la carne humana, a fin de que no haya quien se esconda de su calor.

* * *

¿No juzgas, pues, que esta misma es aquella mujer vestida del sol? Porque, aunque la misma serie de la visión profética demuestre que se debe entender de la presente Iglesia, esto mismo seguramente parece que se puede atribuir sin inconveniente a María. Sin duda ella es la que se vistió como de otro sol. Porque, así como aquél nace indiferentemente sobre los buenos y los malos, así también esta Señora no examina los méritos antecedentes, sino que se presenta exorable para todos, para todos clementísima, y se apiada de las necesidades de todos con un amplísimo afecto. Todo defecto está debajo de ella y supera todo lo que hay en nosotros la fragilidad y corrupción, con una sublimidad excelentísima en que excede y sobrepasa las demás criaturas, de modo que con razón se dice que la luna está debajo de sus pies. De otra suerte, no parecería que

decíamos una cosa muy grande si dijéramos que esta luna estaba debajo de los pies de quien es ilícito dudar que fue ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, sobre los querubines también y los serafines. Suele designarse en la una no sólo el defecto de la corrupción, sino la necedad del entendimiento y algunas veces la Iglesia del tiempo presente; aquello, ciertamente, por una mutabilidad y la Iglesia por el esplendor que recibe de otra parte. Mas una y otra luna (por decirlo así) congruentísimamente está debajo de los pies de María, pero de diferente modo, puesto que *el necio se muda como la luna y el sabio permanece como el sol* (Eccli 27,12). En el sol, el calor y el esplendor son estables, mientras que en la luna hay solamente el esplendor, y aun éste es mudable e incierto, pues nunca permanece en el mismo estado. Con razón, pues, se nos representa a María vestida del sol, por cuanto penetró el abismo profundísimo de la divina sabiduría más allá de lo que se pueda creer, de suerte que, en cuanto lo permite la condición de simple criatura, sin llegar a la unión personal, parece estar sumergida totalmente en aquella inaccesible luz, en aquel fuego que purificó los labios del profeta Isaías, y en el cual se abrasan los serafines. Así que de muy diferente modo mereció María no sólo ser rozada ligeramente por el sol divino, sino más bien ser cubierta con él por todas partes, ser bañada alrededor y como encerrada en el mismo fuego. Candidísimo es, a la verdad, pero y también calidísimo el vestido de esta mujer, de quien todas las cosas se ven tan excelentemente iluminadas, que no es lícito sospechar en ella nada, no digo tenebroso, pero ni oscuro en algún modo siquiera o menos lúcido, ni tampoco algo que sea tibio o no lleno de fervor.

* * *

Igualmente, toda necedad está muy debajo de sus pies, para que por todos modos no se cuente María en el número de las mujeres necias ni en el coro de las vírgenes fatuas. Antes bien, aquel único necio y príncipe de toda la necedad que, mudado verdaderamente como la luna, perdió la sabiduría en su hermosura, conculcado y quebrantado bajo los pies de María, padece una miserable esclavitud. Sin duda, ella es aquella mujer prometida otro tiempo por Dios para quebrantar la cabeza de la serpiente antigua con el pie de la virtud, a cuyo calcaño puso asechanzas en muchos ardides de su astucia, pero en vano, puesto que ella sola quebrantó toda la herética perversidad. Uno decía que no había concebido a Cristo de la substancia de su carne; otro silbaba que no había dado a luz al niño, sino que le había hallado; otro blasfemaba que, a lo menos, después del parto,

había sido conocida de varón; otro, no sufriendo que la llamasen Madre de Dios, reprendía impísimamente aquel nombre grande, *Theocotos*, que significa la que dio a luz a Dios. Pero fueron quebrantados los que ponían asechanzas, fueron conculcados los engañadores, fueron confutados los usurpadores y la llaman bienaventurada todas las generaciones. Finalmente, luego que dio a luz, puso asechanzas el dragón por medio de Herodes, para apoderarse del Hijo que nacía y devorarlo, porque había enemistades entre la generación de la mujer y la del dragón.

Mas ya, si parece que más bien se debe entender la Iglesia en el nombre de luna, por cuanto no resplandece de suyo, sino de aquel Señor que dice: *Sin mí nada podéis hacer* (Jn 15,5), tendremos entonces evidentemente expresada aquí aquella mediadora de quien poco ha os he hablado.

* * *

Apareció, pues, una mujer vestida del sol y la luna debajo de sus pies (Ap 17,1). Abracemos las plantas de María y postrémonos con devotísimas súplicas a aquellos pies bienaventurados. Retengámosla y no la dejemos partir hasta que nos bendiga porque es poderosa.

Ciertamente el vellocino colocado entre el rocío y la era, y la mujer entre el sol y la luna, nos muestran a María colocada entre Cristo y la Iglesia. Pero acaso no os admire tanto el vellocino saturado de rocío, como la mujer vestida del sol, ya que si bien es grande la conexión entre la mujer y el sol con que está vestida, todavía resulta más sorprendente la adherencia que hay entre los dos. Porque decidme ¿cómo en medio de aquel ardor tan vehemente pudo subsistir una naturaleza tan frágil? ¡Ah! Justamente te admiras, Moisés santo, y deseas ver más de cerca esa estupenda maravilla, pero para conseguirlo debes quitarte el calzado y despojarte enteramente de toda clase de pensamientos carnales. *Iré a ver, dice, esta gran maravilla* (Ex 3,3).

Sí, gran maravilla ciertamente, una zarza ardiendo sin quemarse; gran portento, una mujer que queda ilesa, estando cubierta con el sol. No es de la naturaleza de la zarza, el que esté cubierta por todas partes de llamas y permanezca con todo sin quemarse: no es propio de una mujer el que soporte un sol que la cubra. Supera ésta toda virtud humana y también angélica: es necesaria otra virtud más sublime. *El Espíritu Santo*, le dice el Angel a María, *descenderá sobre ti* (Lc 1,35). Y como si ella respondiese: Dios es espíritu y nuestro Dios es un fuego que consume, añade el Angel:

La virtud del Altísimo te hará sombra. No es maravilla, pues, que debajo de tal sombra pueda sostenerse una mujer vestida con manto solar.

* * *

Una mujer vestida de sol, dice San Juan: es decir, cubierta de luz como de un vestido. El hombre camal no comprende este misterio, es incapaz de saborear las cosas espirituales, que le parecen necedades. Pero no juzgaba así el Apóstol, cuando decía: *Vestíos de nuestro Señor Jesucristo* (Ap 271). ¡Oh, Señora! Cuan familiar de Dios habéis llegado a ser. ¡Cuan allegada, mejor dicho, cuán íntima suya merecisteis ser hecha! ¡Cuánta gracia hallasteis a sus ojos! En vos está y vos en El: a El le vestís y sois vestida por El. Le vestís con la substancia de vuestra carne y El os viste con la gloria de su majestad. Vestís al sol con una nube, y sois vestida vos misma de un sol. Porque, como dice Jeremías; un nuevo prodigio ha obrado el Señor sobre la tierra y es que una mujer virgen encierre dentro de sí al hombre de Dios, que no es otro que Cristo, de quien se dice: *He aquí un varón cuyo nombre es Oriente* (Zac 6,12). Y otro prodigio semejante ha obrado Dios en el cielo, y es, que apareciese allí una mujer vestida de sol: Ella le coronó y mereció ser coronada por El.

Salid, hijas de Sión y ved al Rey Salomón con la diadema con que le coronó su Madre, contemplad a la dulce Reina del cielo adornada con la diadema con que la coronó su Hijo.

* * *

Y en su cabeza, dice San Juan, *tenía una corona de doce estrellas*. Sí, digna es ciertamente de ser coronada con estrellas, aquella cuya cabeza resplandece mucho más fulgurante que los mismo astros, a los cuales más bien adorna que es por ellos adornada. ¿Qué extraño es que coronen los astros a aquella que es vestida del sol? *Como en los días de primavera*, se dice en el Eclesiástico, *la rodeaban las flores de los rosales y las azucenas de los valles*. Y sin duda, la mano izquierda del esposo está puesta debajo de su cabeza, y con su diestra la abraza.

¿Quién será capaz de apreciar estas piedras preciosas? ¿Quién dará nombre a estas estrellas, con que está fabricada la diadema real de María? No hay inteligencia humana que pueda darnos idea exacta de lo que es esta corona y explicarnos su composición.

Pero yo según la medida de mi cortedad y absteniéndome de pretender escudriñar los secretos de Dios, trataré de daros a entender como

en estas doce estrellas vienen representadas otras tantas prerrogativas y gracias singulares con que María está adornada. Pues podemos considerar en María, las prerrogativas que proceden del Cielo, las que adornan su cuerpo y las que realzan su corazón. Y si multiplicamos este ternario por el número cuatro, tendremos las doce estrellas con que brilla la diadema de nuestra Reina.

* * *

Yo creo que brilla un singular resplandor, primero en la generación de María, segundo en la salutación del Angel, tercero en la venida del Espíritu Santo sobre ella, cuarto en la inenarrable concepción del Hijo de Dios. De ahí proceden otros cuatro astros refulgentes que irradian sobre ella honor soberano y son: el haber sido las primicias de la virginidad, el haber sido fecunda sin corrupción, el haber estado en cinta sin fatiga alguna, y el haber dado a luz sin dolor. Y finalmente brilla con especial resplandor en María la mansedumbre pudibunda, la devoción humilde, la magnanimidad de la fe y el martirio del corazón.

Dejo a vuestra perspicacia el cuidado de considerar atentamente cada una de estas brillantes estrellas: por lo que a mí toca, me contentaré con llamar brevemente vuestra consideración sobre cada una de ellas.

* * *

Y en primer lugar ¿qué es lo que brilla y resplandece en la *generación de María*? Sin duda el ser nacida de Reyes, el ser de la sangre de Abraham, el ser generosa prosapia de David.

Si esto os parece poco, añadid que a causa de la santidad privilegiada y única a que estaba destinada, fue concebida, por efecto de una disposición especialísima de la divina providencia, pues, prometida por Dios a los Patriarcas mucho antes de que apareciese sobre la tierra, fue prefigurada con misteriosos prodigios y prenunciada con oráculos proféticos. Porque a esta Virgen excelsa señalaba anticipadamente la vara de Aarón, cuando floreció sin raíz. A ésta el vellocino de Gedeón, cuando en medio de la era seca se impregnó de rocío, a ésta la puerta oriental contemplada en visión por Ezequiel, la cual para ninguno estuvo patente jamás.

Esta es, finalmente, la que Isaías más claramente que todos, ora prometía bajo la imagen de un vástago que había de brotar de la raíz de Jesé, ora más manifiestamente como una Virgen que había de dar a luz. *El*

Señor, dice el profeta, os dará un prodigio. Sabed que concebirá una Virgen. ¡Grande prodigio es éste indudablemente! ¿Qué ojos no quedan ofuscados al reverberar en ellos con vehemencia el brillo resplandeciente de esta prerrogativa? Y viene después el haber sido saludada por el Angel tan reverente y obsequiosamente, que podía parecer que la miraba ya ensalzada en el solio real sobre todos los órdenes de los escuadrones celestiales y que casi iba a adorar a una mujer, el que solía hasta entonces ser adorado gustosamente por los hombres, por lo cual se nos aumenta el excelentísimo mérito de nuestra Virgen y la gracia singular con que estaba adornada.

Otra joya veo resplandecer en la corona de la Virgen y es la manera inaudita con que *concebrió a su divino Hijo; que fue por obra y gracia del Espíritu Santo, que descendió sobre ella para que su concepción fuera totalmente santa. El haber engendrado al verdadero Dios, al verdadero Hijo de Dios, de suerte que el hijo que nació de María, fuese Hijo de Dios e hijo del hombre, verdadero Dios y verdadero hombre, constituye un foco de luz tan refulgente, que a mi parecer los mismos Angeles quedaron ofuscados a la vehemencia de su resplandor.*

Además, ilustra evidentemente la virginidad de su cuerpo el *propósito firmísimo que tuvo de permanecer Virgen* y sobre todo la novedad de este propósito: pues elevándose con santa libertad de espíritu sobre los decretos de la ley de Moisés, ofreció con voto a Dios la inmaculada santidad de su cuerpo y de su espíritu juntamente. Y prueba la inviolable firmeza de su resolución, el haber respondido tan resueltamente al Angel que la prometía un hijo: *¿Cómo podrá ser esto sino conozco ni conoceré jamás varón alguno?*

Acaso por eso precisamente se turbó al oír las palabras del Angel y pensaba qué salutación sería aquella, en la cual la llamaban bendita entre todas las mujeres, siendo así que ella sólo deseaba ser bendita entre las vírgenes. Resolvía en su mente qué salutación sería aquella por parecerle algo sospechosa. Pero luego que oyó la promesa de un hijo, creyendo ver en esto un peligro manifiesto para su virginidad ya no pudo contenerse más y exclamó: *¿Cómo podrá ser esto, si no conozco ni conoceré jamás varón alguno?* Por eso con razón, mereció aquella bendición y no perdió ésta: para que así sea mucho más gloriosa su *virginidad realzada por su fecundidad*, y su fecundidad ennoblecida por su virginidad; de manera que parecen ilustrarse mutuamente estos dos astros con sus rayos; porque si es cosa excelsa su virginidad, lo es todavía mucho más su virginal Maternidad; el que permanezca Virgen purísima, a pesar de ser Madre.

* * *

Fue también privilegio exclusivo de María el verse totalmente *libre de las molestias que suelen seguirse a ja concepción* natural, pues ella y solo ella concibió de un modo enteramente sobrenatural. Por esto no es de admirar que después que hubo concebido por obra del Espíritu Santo, sin molestia alguna, pudiera hacer el viaje a casa de su prima Isabel, atravesando para ello las montañas de Judea. Y subió también más tarde a Belén llevando en sí misma aquel preciosísimo depósito, aquel dulce peso, llevando a quien la llevaba.

Y en lo que toca a su divino alumbramiento, ¡de cuánto esplendor es el *haber dado a luz con un tan nuevo gozo* viéndose sola entre todas las mujeres, exenta de la común maldición y del dolor y molestias que esta lleva consigo! Si el precio de las cosas ha de juzgarse por lo raro de las mismas ¿qué cosa más rara podrá escogerse que aquella que es única en el mundo, puesto que en esta parte María, no ha tenido ni tendrá jamás par ni semejante, en toda la dilatación de los siglos? Así que, si atentamente consideramos este conjunto de maravillas, no podrán menos de causarnos profunda admiración y no sólo admiración, sino también veneración, devoción y consolación.

* * *

Porque claro está que no nos es dado imitarla, en que antes del nacimiento fuéramos prometidos prodigiosamente de tantos y tan varios modos, tampoco en el ser honrados por el Arcángel Gabriel con los obsequios de su nueva salutación, y mucho menos en los otros dos privilegios, totalmente propios y exclusivos de la Virgen Madre, que es la única de quien se dice: *lo que en ella se ha engendrado es obra del Espíritu Santo* (Mt 1,20), y sola ella es, a quien dice: *el fruto Santo que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios* (Lc 1,25). Podrán ser ofrecidas al Rey de la gloria muchas vírgenes, pero todas después de ella, porque ella sola reserva para sí la primacía: más aún, ella es la única que pudo concebir sin detrimento de su virginidad, y la que soportó sin molestias y dolor alguno los efectos de su concepción y alumbramiento.

Nada de eso se nos pide que imitemos, por cuanto excede a nuestra posibilidad: sin embargo el no poder alcanzar estos dones tan singulares que lo son exclusivos, no excusará negligencia en imitar su *mansedumbre pudorosa y recatada*, su *humildad de corazón*, su *inquebrantable fidelidad* y su *ánimo compasivo*.

Cual agraciada piedra preciosa es en una diadema, cual estrella resplandeciente es en la cabeza, esto es el rubor en el semblante del hombre modesto y recatado. ¿Piensa acaso alguno, que careció de esta gracia, la que fue llena de toda ella? Modestísima fue María, como nos consta por el santo Evangelio. ¿En dónde se encontrará que fuese alguna vez locuaz; en dónde se verá que fuese presuntuosa? Solicitando un día hablar a su divino Hijo, se quedó a la puerta de la casa, y a pesar de la autoridad que tenía de madre, no quiso interrumpir su razonamiento, ni penetrar en la habitación en que el Hijo estaba platicando.

* * *

En todo el contexto de los cuatro Evangelios, no se oye hablar a María más que cuatro veces. La primera con el Angel, pero cuando ya una y dos veces la había hablado él: la segunda con Isabel cuando la voz de su salutación hizo saltar a Juan de gozo y tomando ocasión de las alabanzas que su prima le dirigía, se apresuró a magnificar al Señor: la tercera con su hijo siendo éste ya de doce años, manifestándole como ella y su padre llenos de dolor le habían buscado: la cuarta en las bodas de Caná, primero con Jesús y después con los que servían a la mesa.

Y en esta ocasión fue cuando brilló de una manera más especial su ingénita mansedumbre y modestia virginal, puesto que tomando como propio el apuro en que iban a verse los esposos no le sufrió el corazón permanecer silenciosa, manifestando a su Hijo la falta de vino; y al ver que Jesús al parecer no atendía a su súplica, como mansa y humilde de corazón no le respondió palabra, sino que se limitó a recomendar a los ministros que hiciesen lo que El les dijese, esperando en que no saldría fallida su confianza.

* * *

Después de haber nacido Jesús en la cueva de Belén, leemos que vinieron los pastores y encontraron, la primera de todos, a María. *Hallaron*, dice el Evangelista, *a María y a José, y al infante puesto en el pesebre*. También a los Magos no sin María su Madre encontraron el Niño; y cuando ella introdujo en el templo del Señor, al Señor del Templo, ciertamente muchas cosas oyó a Simeón, así relativas a Jesús como relativas a sí misma, pero entonces como siempre, se mostró tarda en hablar y solicita en escuchar. *María*, dice San Lucas, *conservaba todas estas palabras, ponderándolas en su corazón* (Lc 2,19). Y nunca profieren

sus labios ni una sola palabra acerca del sublime Misterio de la Encarnación del Señor. ¡Ay de nosotros, que parece tenemos el espíritu en las narices! ¡Ay de nosotros, que echamos a fuera todo nuestro espíritu y que según aquello del Terencio llenos de hendiduras nos derramamos por todas partes! ¡Cuántas veces oyó María a su Hijo no sólo hablando en parábolas a las turbas, sino descubriendo aparte a sus discípulos el misterio del Reino de Dios! ¡Viole haciendo prodigios, viole pendiente de la cruz, viole expirando, viole cuando resucitó, viole, en fin, ascendiendo a los Cielos, y en todas estas circunstancias ¿cuántas veces se menciona haber sido oída la voz de esta pudorísima Virgen, cuántas el arrullo de esta castísima y mansísima Tórtola?

* * *

Leemos en los Actos de los Apóstoles, que los Discípulos volviendo del Monte Olivete, se retiraron al Cenáculo, y allí perseveraban unánimemente en la oración. Hallándose presente allí María, parece obvio que debía ser nombrada la primera, puesto que era superior a todos, así por la prerrogativa de su divina Maternidad, como por el privilegio de su santidad. Pues bien; oigamos cómo se expresa el historiador sagrado. Estaban allí congregados *Pedro y Andrés, Santiago y Juan... etc., todos los cuales perseveraban, juntos en oración con las mujeres y con María la Madre de Jesús* (Hechos 1,14-15).

Pues, ¿qué?, ¿se portaba acaso María como la última de las mujeres para que se la pusiese en el postrer lugar?

Cuando los Discípulos sobre los cuales aún no había bajado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado, suscitaron entre sí la contienda acerca de la primacía en el reino de Cristo, obraron guiados por miras humanas; todo al revés lo hizo María, pues siendo la mayor de todos y en todo, se humilló en todo y más que todos. Con razón, pues, fue constituida la primera de todos, la que siendo en realidad la más excelsa, escogía para sí el último lugar. Con razón fue hecha Señora de todos, la que se portaba como sierva de todos. Con razón, en fin, fue ensalzada sobre todos los coros de los Angeles, la que con inefable mansedumbre se abatía a sí misma debajo de las viudas y penitentes, y aun debajo de aquella de quien habían sido lanzados siete demonios. Ruegoos, fieles amadísimos, que os prendéis de esta virtud si amáis de veras a María: si anheláis agradarla, imitad su modestia y humildad. Nada hay que tan bien sienta al hombre, nada tan necesario al cristiano, nada que tanto realce al religioso como la verdadera humildad y mansedumbre.

* * *

Si atentamente observamos a la Virgen, veremos al punto, que su profunda humildad, va siempre acompañada y realzada por la más exquisita mansedumbre. Son estas dos virtudes colactáneas, y por esto las vemos siempre indisolublemente unidas y como confederadas íntimamente en aquel Señor que decía: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,19). Porque, así como la altivez es madre de la presunción, así la verdadera mansedumbre no procede sino de la verdadera humildad.

Pero ni sólo en el silencio de María se recomienda su humildad, sino que resuena todavía más elocuentemente en sus palabras. Había oído: *Lo santo que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios* (Lc 1,35), y no responde otra cosa, sino que es la *sierva del Señor*. Va en seguida a visitar a su prima Isabel, y ésta, ilustrada por el Espíritu Santo acerca de la singular gloria de la Virgen, no puede contener la admiración y exclama como fuera de sí: *¿De dónde a mí que venga a visitarme la madre de mi Señor?*, y no contenta con esto, ensalza también la voz de quién la saludaba, añadiendo: *Luego que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, saltó de gozo el infante que llevo en mi*, terminando con alabar la fe inquebrantable de quien la visitaba; *bienaventurada tú*, le dice, *que has creído, porque en ti serán cumplidas las cosas, que se te han dicho de parte del Señor*.

Grandes elogios, sin duda, pero la devota humildad de María, no queriendo retener nada para sí, lo atribuye todo a aquel Señor cuyos beneficios se alababan en ella. Tú, dice a su prima, engrandeces a la Madre del Señor, pero mi alma *engrandece al Señor*. Dices que a mi voz saltó de gozo el niño, pero *mi espíritu se llenó de gozo en Dios, que es mi salvador*, y los saltos de alegría que ha dado el niño, son indicio de que el amigo del Esposo se ha llenado de gozo cuando oyó de éste la voz. *Bienaventurada me llamas porque he creído*, pero la causa de mi fe y de mi dicha, es haberme mirado la suprema piedad, a fin de que por eso me llamen bienaventurada todas las naciones, porque se dignó Dios mirar a esta su sierva pequeña y humilde.

* * *

Sin embargo, no creáis que Santa Isabel errase en lo que hablaba iluminada por el Espíritu Santo. De ningún modo. Bienaventurada era ciertamente aquella a quien miró Dios, y bienaventurada la que creyó, porque su fe fue el fruto sublime que produjo en ella la vista de su Dios. Pero por un inefable artificio del Espíritu Santo, a tanta humildad se juntó

tanta magnanimidad en lo íntimo del corazón virginal de María, para que (como dijimos antes de la integridad y fecundidad) se volvieran igualmente estas dos estrellas más claras por la mutua correspondencia de resplandor, porque ni su profunda humildad disminuyó su magnanimidad, ni su excelsa magnanimidad amenguó su humildad: sino que, siendo en su estimación tan humilde, era no menos magnánima en la creencia la promesa: de suerte que aunque no se creía a sí misma otra cosa que una pequeña esclava, de ningún modo dudaba que había sido escogida para este incomprensible misterio, para este comercio admirable, para este sacramento inescrutable, y creía firmemente que había de ser luego verdadera Madre del que es Dios y hombre.

Tales son los efectos que en los corazones de los escogidos causa la excelencia de la divina gracia: de forma que ni la humildad los hace pusilánimes, ni la magnanimidad arrogantes, sino que estas dos virtudes más bien se ayudan mutuamente, para que no sólo ninguna altivez se introduzca por la magnanimidad, sino que por ella principalmente crezca la humildad: con esto se vuelven ellos mucho más timoratos y agradecidos al Dador de todas las gracias, y al propio tiempo evitan que tenga entrada alguna en su alma la pusilanimidad con ocasión de la humildad; porque cuanto menos suele presumir cada uno de su propia virtud, aun en las cosas mínimas, tanto más en cualesquiera cosas grandes confía en la virtud divina.

* * *

Y del *Martirio de la Virgen*, que constituye si bien lo recordáis, la deudécima de las estrellas que adornan la diadema que ciñe su purísima frente, ¿qué diré? Lo tenemos expresado, así en la profecía de Simeón, como en la historia de la pasión del Señor.

Este Niño —dijo Simeón hablando de Jesús— *está destinado para mina y resurrección de muchos y será el blanco de la contradicción de los hombres, lo que será para ti, oh María, una espada que traspasará tu alma* (Lc 11,35-35). Si, verdaderamente, Madre bienaventurada, traspasó tu alma la espada, pues no pudo ésta atravesar el cuerpo de tu hijo sin antes traspasar tu corazón.

Después que expiró aquél tu Jesús; tuyo de una manera especial, aunque también nos pertenece a nosotros; no. tocó su alma la lanza cruel que abrió su costado, que ni aun después de muerto perdonó a quien ya no podía dañar, pero traspasó indudablemente tu alma. El alma suya ya no

estaba allí, mas la tuya no se podía de allí arrancar. Traspasó, pues, tu alma la fuerza del dolor, para que no sin razón te prediquemos más que Mártir, habiendo sido en ti mayor el afecto de la compasión, que pudiera ser el sentimiento de la pasión corporal.

* * *

¿Acaso no fue para ti cual espada de dos filos que traspasaba realmente tu alma y que llegaba hasta la división del alma y del espíritu, aquella palabra: *Mujer ahí tienes a tu hijo?* (Jn 19,26). ¡Oh, qué trueque! Te entregan a Juan en lugar de Jesús, al siervo en lugar del Señor, al Discípulo en lugar del Maestro, al hijo del Zebedeo en lugar del hijo de Dios, a un puro hombre en lugar del verdadero Dios. ¿Cómo no traspasaría tu afectuosísima alma el oír esto, cuando quiebra nuestros pechos, aunque de piedra, aunque de hierro, la sola memoria de ello? No os admiréis, amadísimos, de que sea llamada María Mártir en el alma. Admírese el que no se acuerde haber oído a Pablo contar entre los mayores crímenes de los gentiles, el haber vivido sin tener afecto. Lejos estuvo esto de las entrañas de María, lejos esté de sus humildes servidores.

Mas acaso dirá alguno: ¿Por ventura no supo anticipadamente que su Hijo había de morir? Sin duda alguna. ¿Por ventura no esperaba que luego había de resucitar? Con la mayor confianza. Y a pesar de esto, ¿se dolió de verle crucificado? Y en gran manera. Por lo demás, ¿quién eres tú, cristiano, o qué sabiduría es la tuya, que te extrañes más de María compaciente, que del Hijo de María paciente? El pudo morir en el cuerpo, y María ¿no pudo morir juntamente en el corazón?

Realizó aquello una caridad, superior a toda otra caridad: también hizo esto una caridad, que después de aquélla no tuvo par ni semejanza.

Y ahora, oh Madre de misericordia, postrada humildemente a vuestros pies como la luna, os ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estáis constituida mediadora entre ella y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de vuestra alma, le alcancéis la gracia de que en vuestra luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que os amó verdaderamente más que a todas las demás criaturas, y os adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en vuestra cabeza la corona de hermosura. Llena estáis de gracias, llena del celestial rocío, sustentada por el amado y rebosando en delicias. Alimentad hoy, Señora, a vuestros pobres; los mismos cachorrillos también comen de las miasmas que caen de la mesa de su Señor: no sólo al criado de Abraham, sino también a sus

camellos dadles de beber de vuestra copiosa hidria; porque vos sois verdaderamente aquella doncella anticipadamente elegida y preparada para desposarse con el Hijo del Altísimo.

FIN

ORACIONES DEVOTAS DE VARIOS SANTOS A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Oración de San Bernardo

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que uno sólo de cuantos han acudido a vuestra protección, e implorado vuestro auxilio haya sido abandonado. Animado con esta confianza yo también acudo a Vos, oh Madre, Virgen de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados me postro a vuestros pies.

Oh Madre del Verbo: no desechéis mis humildes súplicas, antes bien acogedlas benignamente. Amén.

San Ildefonso

(La esclavitud de amor)

¡El más bello honor a mi libertad! ¡El más grande y más magnífico título de nobleza! ¡La más gloriosa y segura garantía de mi grandeza, que acabará en la vida eterna! ¡En mi pobre tristeza, para mi reparación, yo desearía llegar a ser el servidor de la Madre de mi Señor...! ¡Ansiosamente desearía ser el servidor de la Sierva y Madre de mi Creador!

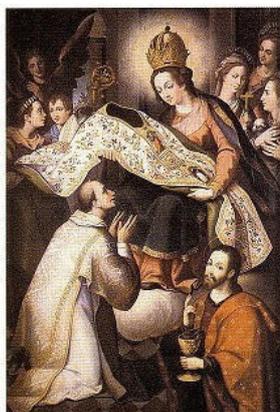
Como un instrumento dócil entre las manos del Dios Soberano, yo desearía estar ligado al servicio de la Virgen María, consagrado a su servicio. Concédemelo, Jesús, Dios Hijo del hombre. Hadme esta gracia, Señor de todas las cosas e Hijo de tu sierva...

Concédeme que yo sirva a tu madre, de modo que Tú mismo me reconozcas por tu servidor; y que Ella sea mi Soberana en la tierra para que tú seas mi Señor por la eternidad.

Ved, mi Señor, con qué impaciencia deseo ser el servidor de esta Soberana; con qué fidelidad me entrego al gozo de su servidumbre; cómo deseo hacerme plenamente servidor de su voluntad; con qué ardor deseo no substraerme jamás a su imperio, y cuánto quiero no ser nunca arrancado

de su servicio. ¡Que pueda yo ser admitido a su servicio, y, sirviéndola, merecer sus favores y vivir para siempre bajo su mandato y amarla por toda la eternidad!

Mi mayor deseo en este mundo es el de ser el servidor de su Hijo, y tener a la Madre por Soberana. Y precisamente, para estar bajo el imperio de su Hijo, yo quiero servirla; para ser admitido al servicio de Dios, quiero que la Madre reine sobre mí como testimonio. Para ser el más fervoroso servidor de su Hijo, aspiro a ser el servidor de la Madre. Pues servir a la Sierva, es también servir al Señor; pues lo que se le da a la Madre se refleja sobre el Hijo, yendo desde la Madre hasta Aquel que Ella ha alimentado, y el Rey ve recaer sobre sí mismo el honor que hace el servidor a la Reina.



San Ildefonso fue en el siglo séptimo arzobispo de Toledo y fervorosísimo devoto de Nuestra Señora. Compuso en su honor varios libros y oraciones que mandaba a las parroquias de su jurisdicción.

Era tan grande su amor a la Madre de Dios que se pasaba los días en continua oración; y como la Virgen corresponde siempre con los que de veras la aman, no eran pocas las gracias que por su mediación alcanzaba.

Cierto día, después de haber celebrado devotamente Misa de pontifical en honor de Nuestra Señora, y mientras daba gracias por los favores recibidos en la capilla del Santísimo, se dio cuenta de que en el altar mayor, sentada en una silla, había una Señora hermosísima que tenía una preciosa casulla en la manos.

Llamando a Ildefonso, le dijo: “En agradecimiento a lo que procuras honrarme, he venido a ofrecerte este regalo. Toma esta casulla que te pondrás siempre en todos los Oficios que celebres en mi honor...”

Oración de San Efén

¡Mi santísima Señora, Madre de Dios! llena de gracia, Vos sois la gloria de nuestra naturaleza, el canal de todos los bienes, la reina de todas las cosas después de la Trinidad... la mediadora del mundo después del Mediador; Vos sois el puente misterioso que une la tierra con el cielo, la llave que nos abre las puertas del paraíso, nuestra abogada, nuestra mediadora. Mirad mi fe, mirad mis piadosos anhelos y acordaos de vuestra misericordia y de vuestro poder. Madre de Aquel que es el único misericordioso y bueno, acoged mi alma en mi miseria y, por vuestra mediación, hacedla digna de estar un día a la diestra de vuestro único Hijo.

Oración de San Pedro Damiano

Virgen bendita, Virgen más que bendita, deteneos en nombre de vuestra naturaleza. ¿Acaso vuestra elevación os ha hecho olvidar vuestra humanidad? No, mi Soberana. Vos sabéis bien entre qué de peligros nos habéis dejado, y cuántas son las infidelidades de vuestros servidores; no estaría de acuerdo tan gran misericordia, con el olvido de tan espantosa miseria. Si vuestra gloria os separa, que la naturaleza os llame... Vos no sois tan impasible que no podáis compadeceros. Tenéis nuestra naturaleza y no otra.

Deteneos, en segundo lugar, en nombre de vuestro poder. Porque el Poderoso ha hecho en Vos grandes cosas; todo poder os ha sido dado sobre el cielo y sobre la tierra. ¿Puede oponerse a vuestro poder el poder divino que ha recibido de vuestra carne la carne que le ha hecho hombre? Vos avanzáis hacia el altar de la reconciliación, no sólo con oraciones, sino con órdenes, soberana más que sierva (*non solum rogans sed imperans, domina non ancilla*).

En tercer lugar, deteneos en nombre de vuestro amor. Yo sé, mi divina Maestra, que sois muy bondadosa y nos amáis con un amor invencible, porque vuestro Hijo y vuestro Dios nos ha querido en Vos y por Vos con un amor sin límites. ¿Quién sabe cuántas veces habéis calmado la cólera del Soberano Juez, cuando la justicia ya iba a partir de Dios para golpear a los pecadores?

Deteneos también en nombre de vuestra singularidad. Todo el tesoro de la divina misericordia os ha sido confiado; y sólo Vos habéis sido elegida para recibir el depósito de una gracia tan maravillosa. Dios no

quiere que vuestra mano permanezca ociosa, y además, Vos no buscáis más que la ocasión de salvar a los miserables y derramar sobre ellos la misericordia. No es disminución, sino aumento de vuestro honor, cuando los penitentes son admitidos al perdón, y los justificados a la gloria.

Oración de San Anselmo

... Oh maravilla, yo contemplo a María: a qué altura sublime la veo. Nada hay igual a María; nada, si no es Dios, es mayor que Ella. Dios ha dado a María su mismo Hijo, que, único, igual a El, engendra de su corazón, como amándose a sí mismo; de María El se ha hecho un Hijo, no otro, sino El mismo, de tal manera que, por naturaleza, El fue único y El mismo, Hijo común de Dios y María. Toda la naturaleza ha sido creada por Dios y Dios ha nacido de María. Dios ha creado todo y María ha tenido a Dios. Dios, que ha hecho todas las cosas, se ha hecho a El mismo de María; y así ha rehecho todo lo que había hecho. El, que ha podido hacer todas las cosas de la nada, no ha querido rehacer sin María lo que había sido manchado. Dios es, pues, el Padre de las cosas creadas y María la Madre de las cosas «recreadas». Dios es el Padre que ha construido todas las cosas y María la Madre que ha reconstruido todo. Dios ha engendrado a Aquel por quien todo ha sido hecho; y María ha tenido a Aquel por quien todo ha sido salvado. Dios ha engendrado a Aquel sin quien nada existiría de ninguna forma y María ha tenido a Aquel sin quien nada estaría bien. ¡Verdaderamente el Señor está con Vos, pues El ha hecho que toda criatura os deba tanto!

... Oh buena Madre, os suplico por este amor con el cual queréis a vuestro Hijo, que así como verdaderamente Vos le amáis, y queréis que sea amado, consigáis que yo también te ame. Así, os lo pido: que se cumpla realmente vuestra voluntad. ¿Por qué no se hará, a causa de mis pecados, lo que sin embargo está en vuestro poder? Señor, sois amigo de los hombres, y habéis tenido piedad de ellos, y Vos habéis podido amar, y hasta la muerte, a vuestros enemigos. ¿Podéis rehusar el amor para Vos y para vuestra Madre a quien os lo pide? Oh Madre de Aquel que nos ama, que habéis merecido llevarle en vuestro seno y amamantarlo en vuestro pecho, ¿no podréis, o no querréis, conceder el amor para el y para Vos a quien os lo pide? Que mi espíritu os venere como Vos sois digna; qué mi corazón os ame como es justo; que mi alma os estime como le es beneficioso; que mi carne os sirva como debe; que en esto se consuma mi

vida, a fin de que todo mi ser os cante durante la eternidad. Bendito sea el Señor eternamente. Así sea, así sea.

Oración de San Alberto Magno

Ah, ¡qué bella y graciosa estáis en medio de vuestros encantos! ¿No es delicioso ver y cumplir lo que es tan agradable de decir y meditar? Yo no hablo al corazón frío y desdeñoso, sino al corazón piadoso. Pensad, os ruego, en esto: una joven, Virgen y Madre a la vez, tenía en su seno virginal a su propio Hijo, y sabía que era Dios y hombre; y El, con sus tiernas manos, abrazaba el pecho sagrado de la Virgen, y ella con sus bienaventurados brazos envolvía el pequeño cuerpo de su Hijo; El, bebiendo, levantaba los ojos con bondad hacia el rostro de su madre, y Ella, inclinando su santa cabeza, miraba con devoción a los ojos de su Hijo. Pero todo esto es bien poca cosa sin el misterio de su intimidad. En todo lo que acabamos de decir, ¿cuáles serían los pensamientos de los corazones de la Madre y del Hijo?: Teniendo a su pequeño, Ella meditaba cómo lo había tenido, de dónde le había venido, y todo lo que había visto y oído por el ministerio de los ángeles, de Isabel, de los pastores, de los Magos, y todo ello le llevaba a meditar sobre lo que debía sucederle en el mundo a este pequeño; y El por su parte, acostado sobre el seno de la humilde joven, a quien sus propios vecinos no se habían preocupado de reconocer, pensaba de qué modo la propondría a los hombres y a los ángeles y la haría invocar por todos como el abogado de los suyos: y mientras bebía de su seno, decidía ya, secretamente, la redención del mundo...

Ella lleva un fruto que sobrepasa toda dulzura. Todo lo que está en María, todo lo que viene de María es dulzura. Dulce es el espíritu de María, como Ella misma lo atestigua ⁽¹⁾. *Mi espíritu es dulce* (Eccli 24,27). Dulce es María, que puso en el mundo un hijo tan dulce, del cual Ella misma dijo: *Mi bienamado es todo deseable* (Can 5,6). Dulces son los pensamientos de María, de quien San Jerónimo dijo en un sermón: «La gracia del Espíritu Santo la había colmado plenamente. El divino Amor la había inflamado por completo, tanto que no había en Ella nada que estuviese atado al mundo, sino que todo era fuego continuo y embriaguez de un amor desbordante» ⁽²⁾. Dulce era la palabra de María, como así lo

¹ Es la sabiduría que habla, porque María es como su personalización humana.

² Epist. 9 PL 30,136.

atestigua su Esposo: «Miel destilan sus labios, miel y leche de su boca» (Cant 4,11). Dulce fue la entrada de María en este mundo, puesto que fue preservada de toda mancha de pecado. Dulce fue su vida, pues fue preservada de toda caída en el pecado actual.

De esto San Agustín da testimonio: «Cuando se trata de los pecados no quiero hacer mención de Ella.» Dulce fue la partida de María, ya que fue preservada de las amarguras de la muerte, a la que todos estamos entregados, según el testimonio de la Iglesia: «La Santa Madre de Dios sufrió la muerte temporal, pero no pudo ser retenida en los lazos de la muerte.» Dulce es el nombre de María, que por todas partes promueve la devoción de la Iglesia de los fieles. Decidme, os lo ruego, de dónde vienen esos suspiros, y el murmullo, y la postración de la muchedumbre piadosa con la Iglesia, cuando un clérigo pronuncia el nombre de María. Ella es como un dátil lleno de dulzura, y es dulce en nosotros. También la Iglesia canta: *Oh dulce María* (Antífona *Salve Regina*). Dulce es la imagen de María, que los artistas hacen, con tanto esplendor, tanto celo y tanta dulzura, con preferencia sobre las imágenes de los otros santos, y que los fieles veneran con tanta alegría, antes que a cualquier otra. ¿No veis que las iglesias están llenas de la imagen de María? Esto es señal evidente de que todo corazón debe estar lleno de su memoria. He aquí los dulces frutos de la palmera. He aquí estos dátiles que María ha derramado sobre la tierra de los mortales. ¿De qué calidad serán los que distribuye a los ciudadanos de allá arriba en la patria de los vivos? Allí la veremos, no en su imagen de oro o de marfil, sino cara a cara, en su cuerpo santísimo. Allí veremos su rostro con nuestros ojos, que hemos deseado ver, llorando, por tan largo tiempo aquí abajo. Allí nos sentaremos cerca de nuestra Madre, de la que ahora estamos tan alejados. Allí podremos hablar no de Ella, sino con Ella. Allí no abandonaremos ya nunca su gloriosa presencia. Oh, ¿cuánto llegará eso?

¿Pensáis que la veremos? ¿Pensáis que perseveraremos? ¿Pensáis, Madre de Misericordia, que esté escrito en alguna parte en el libro de vuestro Hijo que debamos veros así con El? Que esperándolos, os lo ruego, «vuestras lágrimas nos sean el pan y el día y la noche» hasta que nos sea dicho: ¡Hijo, he aquí a tu Madre! ¡Niños, he aquí a vuestro Hermano!...

DICHOS FAMOSOS DE LOS SANTOS EN ALABANZA DE LA VIRGEN

San Agustín

María es más feliz por comprender la fe de Cristo que por concebir la carne de Cristo. Su unión maternal no le hubiese servido de nada si no hubiera sido más feliz de llevar a Cristo en su corazón que de llevarle en su carne.

De la Santa Virgen María, para honor de Cristo, no quiero que haya duda cuando se trata de pecados. Sabemos, en efecto, que le fue concedida una gracia mayor para vencer en todo momento al pecado, porque ha merecido concebir y dar a luz al que es seguro que no tuvo ningún pecado.

San Basilio de Seleucia

Si Dios ha colmado de gracias a sus buenos servidores, ¿cuáles serán los dones concedidos a su Madre? ¿No serán incomparablemente superiores a los favores concedidos a los servidores? Esto es evidentemente. Si Pedro ha sido proclamado bienaventurado, ¿no llamaremos bienaventurada entre todos a la Virgen que ha dado a luz a aquel a quien Pedro ha confesado? San Pablo es llamado vaso de elección, porque ha llevado el nombre de Cristo por toda la tierra; ¿qué vaso es, pues, la Madre de Dios?... Oh Virgen Santísima, por más prerrogativas y por más gloria que mi piedad os atribuya, quedaré siempre muy inferior a la verdad.

Oh Virgen Santísima; el que haya dicho de Vos todo lo que hay de venerable y de glorioso no ha pecado contra la verdad, sino que ha quedado muy por debajo de la realidad de vuestra dignidad.

San Germán de Constantinopla

Así como la respiración aporta la prueba de que nuestro cuerpo posee todavía su energía viviente, así vuestro santísimo nombre incansablemente pronunciado por la boca de vuestros servidores, en todo tiempo y lugar y de todas maneras, es la gran prueba, y más aun que la prueba, es la causa o motivo de la vida, de la alegría y del socorro de nuestras almas...

Yo lo sé, Vos tenéis, en vuestra calidad de Madre del Altísimo, un poder igual a vuestro querer. Por eso mi confianza en Vos no tiene límites.

Nadie ha sido colmado del conocimiento de Dios más que por Vos, oh Santísima; nadie ha sido salvado más que por Vos, oh Madre de Dios; nadie escapa a la servidumbre más que por Vos, que habéis merecido llevar a Dios en vuestras entrañas virginales..., gracias a vuestra autoridad maternal sobre Dios mismo, Vos obtenéis misericordia para los criminales más desesperados. Vos no podéis ser desatendida, pues Dios condescendiente en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre, Vos obtenéis misericordia para los criminales más desesperados. Vos no podéis ser desatendida, pues Dios condescendiente en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre.

No hay nadie, oh Santísima, que se haya salvado si no es por Vos. Nadie, oh Inmaculada, se ha librado del mal si no es por Vos. Nadie, oh Purísima, recibe los dones divinos si no es por Vos. A nadie, oh Soberana, la bondad divina concede sus gracias si no es por Vos.

San Pedro Damiano

Aquí, mis queridos hermanos, os pido que penséis cómo somos deudores de la bienaventurada Madre de Dios, y qué de acciones de gracias le debemos rendir, después de a Dios, por tan gran beneficio. Pues este cuerpo de Cristo que Ella engendró y llevó en su seno, que envolvió en pañales, que alimentó con su leche con una solicitud materna, es el mismo Cuerpo que recibimos en el altar; es su Sangre la que bebemos en el Sacramento de nuestra redención. Esto es lo que sostiene la fe católica, y lo que enseña la Santa Iglesia. No, no hay palabras humanas que sean capaces de alabar dignamente a Aquella de quien tomó su carne el Mediador entre Dios y los hombres. Cualquier honor que le pudiésemos dar, está por debajo de sus méritos, ya que Ella nos ha preparado en su casto seno la Carne inmaculada que alimenta nuestras almas. Eva comió

un fruto que nos privó del eterno festín; María nos presenta otro que nos abre la puerta del banquete celestial.

San Luis Grignon de Monrfort

“Como quiera que toda nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, resulta que la más perfecta de las devociones será la que más nos conforme, nos una y nos consagre totalmente y lo más perfectamente posible a Cristo. Ahora bien: Siendo María la criatura más conforme a la voluntad de Cristo, se sigue que, la entrega más completa y total a Ella, es la que más nos une y nos hace vivir consagrados totalmente a Cristo...”

“De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua. La primera es usando su fuerza y sabiduría, y con buenos instrumentos ir labrando la figura... Largo, difícil y expuesto es este primer modo: un golpe mal dado bastaría para echarlo todo a perder. En cambio, el segundo modo es mucho más fácil y menos peligroso; bastaría con tener un molde perfecto y que la materia empleada sea completamente manejable... Este molde perfectísimo es María, y nosotros somos la materia, que si nos damos totalmente a Ella y no le oponemos resistencia, nos hará completamente semejantes a Cristo, cual es la figura del molde que es Ella misma”.